

**BRU
GUE
RA**

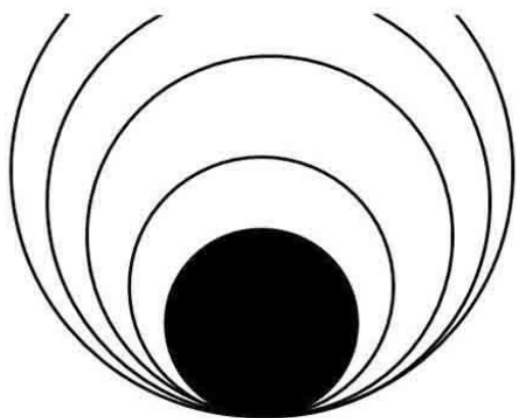
BOLSILIBROS

T **POLICIACO**

UNA VIUDA CON VIDEO

Ralph Barby





PUNTO ROJO



RALPH BARBY

UNA VIUDA CON VIDEO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.154
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 28.311 - 1984

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: septiembre, 1984

1ª edición en América: marzo, 1985

© Ralph Barby - 1984

texto

© Fabá - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1984

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585 — Colt a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.758 — Zorros del mercado sucio.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.437 — Aguacates.

En Colección PUNTO ROJO:

1.151 — El misterio del pekinés.

En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.899 — Escapados del paredón.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un Colt.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando a uno lo encierran en la cárcel, con razón o sin ella, lo primero que no debe hacer es ponerse furioso porque acabas en el pozo de los incomunicados y eso no es divertido ni te convierte en héroe, sólo te deja hecho una «mierda». Y si caes en la «neura» o en la «depre», eso te lleva a la droga o al suicidio y no son pocos los que se apean de este mundo en las cárceles.

Te voy a contar, a ti y a todos los que lean esta historia, que después de reflexionar unos días, quizá unas semanas, opté por la vía de la resignación, la paciencia y el «vive como puedas».

Y lo mejor para sobrevivir dentro del recinto cerrado de una prisión (que tiene cierto parecido con los cuarteles militares de algunos países) es pasar desapercibido.

Yo no sé si tú, lector, has estado en la cárcel. Bueno, si has estado, ¿para qué contarte? Pero si no has estado te diré que pasar desapercibido es muy difícil porque siempre hay alguien que se fija en ti, y es malo que en la cárcel o en la vida en general algún hijo de su madre se fije en ti.

Me puso la mano sobre el hombro. Era un tipo de unos cincuenta años, estatura mediana y muy fornido. Pese a sus cincuenta «tacos», podía darle una buena paliza a algún tipo de veinte o treinta, yo me contaba entre éstos.

Le miré el rostro. Era ancho, aplastado y totalmente picado de viruela. Más tarde supe que había sido marino y en alguna parte del sur de Asia había estado a punto de morir de esta enfermedad; pero aquel tipo había podido más que los microbios y pese a como lo habían dejado de «picado», él los había «jodido» a todos.

En Athos destacaban sus ojos, no eran grandes pero sí tenían una viveza extraordinaria y siempre andaban enrojecidos por el alcohol aunque, oficialmente, en la cárcel no se prodigaba el alcohol, pero a Athos, un padrino mafioso dentro de la prisión, no le faltaban los

placeres.

Cogí su mano con la mía y se la aparté de mi hombro sin brusquedad pero con seguridad. El sonrió con una boca de labios finos, casi inexistentes.

Yo sabía que si Athos lo deseaba, iba a pasar una noche de agonía con tres o cuatro cuchilladas en el estómago.

—Erik, tú eres un joven listo y no abrirás la boca.

—¿Ni para respirar? —pregunté, sarcástico.

—Si hace falta, ni para respirar. Óyeme bien, vas a cambiar de abogado.

—¿No es bueno el que tengo?

—El que tienes vale tanto como tu vida si abres la boca.

—O sea, nada.

—Bien, veo que vas comprendiendo. Hay que hacerse el tonto, pero cuando conviene, no hay que serlo del todo —me dijo como hombre que ha vivido mucho. Y no me cabía duda de que Athos había vivido, no una vida sino diez, aunque debía haber dejado algunas de estas vidas tras las rejas de diferentes cárceles. Y por lo que supe, Athos había matado a demasiados tipos con sus propias manos como para poder sentir remordimientos por uno más.

—Yo no puedo hablar de nada porque no sé nada.

—Bravo, tú no sabes nada y así continuará siendo. Tu nuevo abogado es muy eficiente y, por si fuera poco, no te va a costar ni un franco.

—Eso me parece bien. El otro me dijo que trataría de sacarme de la cárcel.

—El otro iba a dejar que te pudrieras aquí por lo menos durante cuatro años y tu nuevo abogado te sacará pronto, eso te lo garantizo; pero si hablas, te vas a quedar aquí y aunque te coloquen cuatro años, palabra que no sales vivo de este lugar.

—Por las referencias que tengo, la garantía me parece buena.

Athos me dio otra palmadita en el hombro pese a que sabía que me molestaba. Luego sonrió y se alejó.

Yo ya estaba avisado, no ignoraba lo que podía ocurrirme si hacía el tonto. Me refugié en mi celda. ¿Sería verdad que iban a ponerme en libertad? La justicia siempre es justa con quien tiene suerte cuando se topa con ella. Hay muchos mecanismos que pueden quedar perfectamente lubricados para quien sepa aceitarlos

adecuadamente y entonces, los cerrojos de la cárcel se abren con facilidad y puedes salir, salvo que algo gordo te haya caído encima y lo mío no era muy grave pese a que yo era inocente en el *affaire*.

La verdad es que tenía muchas ganas de toparme con un par de tipos de Nápoles. Cuando pensaba en ellos, cerraba los puños y mis nudillos blanqueaban. Esperaba despellejármelos contra sus caras, pero si Athos me había hablado de aquella manera, sería porque pretendía que me olvidase de aquel par de individuos que me habían metido en semejante lío.

Había estado fumando un cigarrillo tras otro cuando moría la tarde. No soy ningún imbécil y deseé que Athos tuviera razón y que las puertas de la cárcel se abrieran para mí.

Randie, mi compañero de celda, entró dando tumbos como si se hubiera bebido una botella de coñac de un solo tirón. Llevaba las manos apretadas contra el abdomen y por entre los dedos se le escurría la sangre.

Tardé unos segundos en reaccionar, porque en la posición en que estaba no le vi bien.

—Erik —farfulló como pudo, cayendo de rodillas junto a mi litera.

—Por todos los demonios, ¿qué te pasa? —pregunté estúpidamente, sentándome en la litera.

Pese al dolor que sentía, Randie rió con los ojos y también con la boca, aunque con ésta más dificultosamente.

—Lo he matado, era un hijo de mala madre.

—Voy a llamar al can —dije, refiriéndome al funcionario de galería.

—Espera, espera —me pidió dificultosamente. Vi que le salía babilla por las comisuras de los labios, una babilla que poco a poco se le iba ensangrentando. Empecé a comprender que poco podría hacer por mi compañero de celda.

—Estás grave, has de ser llevado al hospital.

—Lo he matado, lo he matado. Pronto nos encontraremos en el infierno. Sé que tú vas a salir pronto de la jaula. Busca, busca a Gladys y dile, dile que te dé la fuente del destino.

—¿La fuente del destino? —repetí sin comprender.

En la puerta de la celda aparecieron dos funcionarios, llevaban las porras en la mano.

—Randie, entrégate —ordenó uno de ellos.

Randie quiso reincorporarse pero se cayó, primero sentado y luego hacia atrás. Se apretó más la parte superior del abdomen y entonces, de su boca brotó una mezcla de gruñido de dolor y carcajada sarcástica. Era difícil de definir, pero estuve seguro de que jamás lo olvidaría.

Le dieron una patada entre las piernas y el desgraciado Randie se encogió aún más sobre sí mismo.

—¡Bestia! ¿No ves que se está muriendo? —grité, no pudiendo contener mi rabia ante tanta brutalidad.

El carcelero levantó su porra con la evidente intención de resplandecer mi cráneo, pero el otro funcionario le atrapó el brazo en el aire al tiempo que murmuraba:

—Cuidado, es un protegido de Athos.

El carcelero que quería averiguar cuál era la dureza de mi cabeza, me miró con odio, pero no me peinó con la porra.

—Tú, de pie —me ordenó el otro.

Obedecí a regañadientes, la situación era difícil. Randie había entrado ya en contracciones espasmódicas. Comprendí que no lo iba a salvar ni su madre y allí, tampoco nadie parecía tener prisa por llevarlo al hospital.

Me cachearon. Yo no era de los que llevaban cuchillas, navajas o puñales hechos con pedazos de hierros arrancados de los lugares más insólitos.

Cualquier pedazo de hierro que había servido para sujetar un mueble en una pared o un gozne, una vez arrancados de la pared o del suelo era susceptible de convertirse en un arma inciso cortante.

Se llevaron a Randie.

Aquella noche no cené. Me dejaron sólo en la celda y encerrado.

Empecé a pensar en el mensaje que me diera Randie. Se me había olvidado explicar que Randie era un hombre de algo más de cuarenta años, un tipo cuidado a medias. Tenía manos gruesas y dedos cortos, pero no era un destripaterrones, era un sujeto que debía haber vivido bien en sus últimos tiempos de libertad.

Había sido muy hermético respecto a su vida, aunque sí sabía que Gladys era su esposa. La falta de la propia mujer cuando se está encerrado en la cárcel se hace notar y Randie había soñado en voz alta con la suya.

Yo se lo había comentado y él se limitó a responder que Gladys era su mujer y que su anterior compañero de celda no le había dicho nada. A partir de aquel día, Randie se masturbó una noche sí y otra también antes de dormirse.

Busqué en su colchoneta. Encontré unos francos, pensé que él no iba a necesitarlos y a mí me irían bien. Encontré también un pequeño fajo de cartas y miré el remite de una de ellas.

«Gladys Randie». Allí también estaba la dirección, era de París.

Al día siguiente me abrieron la celda para que pudiera desayunar y salir al patio. Me guardé entre las ropas el dinero de Randie. Repito que me consideraba su heredero por compañerismo de celda hasta que pudiera hablar con la tal Gladys y ver si merecía la pena traspasarle la herencia o no. También me llevé las cartas conmigo.

Uno de los secuaces de Athos se me acercó disimuladamente. Llevaba una mano en el bolsillo y debía estar sujetando un cuchillo. No es que en aquel momento temiera que me cosiera a cuchilladas, pero es que aquel tipo siempre solía ir de aquella manera para atemorizar a los demás.

—¿Qué te dijo Randie?

—No tuvo tiempo de abrir la boca —respondí.

—Mató a Bronco.

—Quién lo iba a suponer...

—Si no quieres ser tú el próximo, ándate con cuidado.

Tras aquella amenaza, me dejó. Tuve deseos de darle una patada entre las posaderas, pero ya estaba lejos cuando me decidí.

Antes de la hora de la comida y cuando tomaba el sol pegado a la pared en solitario, como si fuera un apestado y todos en la cárcel lo supieran, un funcionario vino a por mí.

—Tú, a locutorio.

Me encogí de hombros, no sabía de nadie que quisiera verme.

En el locutorio me encontré con un hombre alto correcta mente vestido, con cuello y puños impecables. Llevaba un portafolios y un bigote entrecano en su rostro anguloso. Era de esos tipos que entran en los hoteles de lujo y el portero les hace reverencias.

—Soy el abogado Foug.

—Ah, mi nuevo abogado. Me dijeron que me haría salir pronto de aquí.

El hombre no quería gastar mucha saliva conmigo y fue al grano.

—Usted está en situación de preventivo. Con haber dado una fianza habría podido salir.

—Sí, claro —admití—, pero no tengo cien mil francos.

Carraspeó.

—Le pusieron una fianza algo alta.

—Demasiado alta para mí.

—El juez va a reconsiderar su caso. Ha aparecido un testigo muy oportuno y es posible que no haya proceso.

—¿Qué dice, que no va a haber proceso?

—Así es, se va a sobreseer su caso. Se considerará que no hay evidencias suficientes para mantener su procesamiento, pero con acusación inferior y por tanto, con menos fianza.

—Oiga, ¿es usted un genio?

Quiso sonreír y no lo consiguió. El abogado Foug no sonreía nunca y ni siquiera me dio la mano para despedirse, debió pensar que era una pérdida de tiempo.

Por mi parte, pensé que el repugnante era él y no yo. El abogado Foug sabía cómo moverse dentro de los intrincados laberintos de la justicia.

Tres días más tarde, las puertas de la prisión se abrieron para mí.

El caso de tráfico de drogas seguía abierto, pero yo que daba exonerado del mismo salvo que surgieran pruebas contra mí. En ese caso, se abriría proceso contra mí.

Pasé poco, muy poco tiempo dentro de la cárcel, pero ya le había tomado el desagradable gusto que tenía. Cuando me vi en la calle, hubiera deseado tener alas para poderlas desplegar y batirlas a placer.

Tomé un taxi y le pedí que me llevara a unos almacenes. Comí en un *snack*, no era comida especial pero sí muy diferente a la de la cárcel.

Me compré ropa y zapatos, para algo debían servir los francos que Randie me dejara en herencia. Total, siete mil francos, dinero suficiente como para cortarle el cuello si algún vecino de celda hubiera conocido su existencia. Parecía increíble, pero corría uno más riesgo de ser robado dentro de la cárcel que fuera de ella.

Me fui a un hotel. Pedí una habitación, pagué por adelantado y crucé una intensa mirada con una mujer que estaba junto al mostrador, mirando unos prospectos turísticos.

Ella llevaba un perrito muy peludo que me dio la impresión de que me miraba con «mala leche» y no me equivoqué, porque se lanzó hacia mi zapato, mordiéndolo.

—¡Quieto, «Frutti», quieto! —pidió la mujer que, al inclinarse, me mostró un amplísimo tetamen.

—¿Le ha hecho daño? —me preguntó, con unos labios sonrientes y húmedos.

—Téngalo en observación las próximas horas —le recomendé—. La última serpiente que me mordió murió envenenada.

—Uy, qué gracioso.

El perrito, en brazos de su dueña, me ladró mostrándome unos pequeños pero afilados colmillos. Aquel bicho debía darse cuenta de que estaba bajo la protección de su ama, pues de lo contrario habría hecho gol en el ventanal, utilizándolo a él como pelota.

Me metí en la bañera con agua caliente y abundante jabón. Tenía ganas de quitarme de encima hasta el último piojo que pudiera quedar escondido en algún lugar de mi piel.

Chorreaba agua por todo el cuerpo cuando sonó el teléfono. Cogí la toalla grande y mientras el teléfono repiqueteaba, abandoné el baño pensando en la mujer que conociera en el vestíbulo. Me dije que no estaría nada mal acostarse con ella mientras se dejaba al perrito en la bañera, con mucha agua y jabón. Sí, la presencia de aquella mujer en mi habitación sería la guinda en el pastel llamado libertad.

—¿Diga?

Al otro lado del hilo, una voz áspera me ordenó:

—Lárgate pronto, a menos que quieras que te lleven a la Morgue.

No tuve tiempo de responder. El tipo desagradable cortó y me quedé sin la guinda para mi pastel llamado libertad.

CAPÍTULO II

Me pregunté a mi mismo qué sabía yo de la reyerta mortal habida en la cárcel.

Me había propuesto visitar a la viuda de Randie. Me sentía obligado después de haber «heredado» (es un decir) los siete mil francos encontrados en el catre de mi compañero de celda apuñalado en la cárcel.

También tenía deseos de encontrarme con los dos tipos de Nápoles, uno italiano y el otro americano. Ellos me habían metido en el lío del coche en el que habían encontrado droga al cruzar la aduana de Francia tras abandonar Italia. Me habían tomado por imbécil y convertido en «camello» sin yo saberlo. Ignoraba qué resortes había movido el abogado Foug, pero yo había salido de la cárcel y eso era lo que importaba.

Pensé que los tipos de la droga estarían muy alertados y no era momento de ir a pedirles cuentas por la jugada que me habían hecho metiendo el paquete de droga en el coche donde yo viajaba, un coche lujoso que yo debía llevar desde Sicilia a Hamburgo.

Tenía que aprender la lección. Los negocios fáciles y jugosos acababan siendo los más difíciles y con premio sorpresa. En mi caso, la cárcel.

Llegué a París.

Hubiera preferido llegar a París en el lujoso Mercedes Benz, pero no fue así. Desde un teléfono público de la propia estación de tren llamé a Lelé, una buena amiga yugoslava que vivía integrada en el mundo de París.

Aunque ejercía el oficio más antiguo del mundo, lo hacía con cierta discreción. Conocía a gente interesante, intelectuales y artistas que llegaban desde todos los puntos de la Tierra buscando la inmortalidad, pero al teléfono, en vez de la voz de Lelé, respondió una voz vietnamita, conocía su acento.

—Aló.

—¿Está Lelé?

—No, *monsieur, mademoiselle* Lelé no está.

—¿Y cuándo volverá?

—No lo sé, *monsieur*. Llame mañana o dentro de tres días. Creo que *mademoiselle* Lelé está de viaje. ¿Quién le digo que ha llamado, *monsieur*?

—Erik.

—Muy bien, *monsieur* Erik.

Colgué algo desinflado. Lelé debía estar en un viaje de placer, de placer para el que pagaba, claro. A mí no me importaba lo que Lelé hiciera con su vida, yo no era su padre ni su hermano y mucho menos su marido, aunque no niego que en algunas ocasiones me había acostado con ella.

Lelé tenía un tipo excepcional, una coquetería innata y una colección de pelucas maravillosas, y era capaz de hacerte creer que cada una de aquellas pelucas era su auténtico cabello. Por supuesto que de *mademoiselle*, nada de nada, pero a mí me caía bien y siempre que daba con mis huesos por París, ella me buscaba cómodo.

Por aquella noche, decidí hospedarme en un hotelucho de Montmartre y en vez de salir a divertirme, me metí en la cama. A través de la ventana pude oír con mucha claridad las sirenas de la policía.

Yo estaba fichado policialmente, aunque judicialmente todavía no, y no me interesaba volver a tener problemas con la policía. El caso de la droga en el lujoso Mercedes Benz no estaba cerrado y aún podía aplastarme el peso de la ley; no obstante, algo dentro de mí me advertía que iba a meterme en más líos y muy pronto.

Al día siguiente, fui a buscar a la esposa de Randie. No puedo negar que había leído sus cartas. Me parecieron cartas románticas y hasta con algo de fuego, pero, no sé por qué, me olí que debía haber copiado fragmentos de novelas populares de amor y por lo que parecía, Randie se las había tragado con gusto.

Me sorprendió el edificio de apartamentos. Era moderno, de alto confort y hasta bonito. Yo había estado poco tiempo en la cárcel y no había llegado a saber quién era Randie ni de qué vivía. Sólo sabía que había apuñalado a un tal Bronco, que en la reyerta

también resultó apuñalado y que murió prácticamente a mis pies.

—¿Adónde va? —me cortó un tipo que no llevaba gorra de plato pero sí una chaqueta azul con botones dorados. A aquel hombre sólo le faltaban los entorchados de mariscal, era el conserje.

—Vengo a visitar a Gladys Randie —le dije.

—Un momento —me pidió, más inflexible que cortés. Fue a un teléfono de intercomunicación, llamó, habló y terminó diciéndome —: *Madame* Randie ha salido.

Con una sola ojeada escogí el mejor butacón que había en el lujoso vestíbulo y encajé mi cuerpo en él.

—¿Qué hace usted? —me preguntó el conserje.

—Como acaba de decirme que *madame* Randie ha salido, esperaré a que regrese.

—Aquí no puede quedarse.

—¿Ah, no? ¿Y estos butacones, para qué están, para mirarlos? —pregunté, sonriéndole de una manera que no debió gustarle, pero no se atrevió a exagerar la actitud de su rostro para que yo me largara asustado. Se había dado cuenta de que no conseguía impresionarme—. Dígale que soy Erik, el amigo de su marido.

El conserje retrocedió. Debía tener muy medidos los espacios del *hall*, no en vano se pasaba allí todas sus horas laborales. Le vi hablar de nuevo por el teléfono que le ponía en contacto con los vecinos.

Pasó una hora. Entraron y salieron algunos vecinos, más bien pocos. El edificio tenía *parking* subterráneo y la mayoría debían abandonarlo a bordo de sus coches.

El conserje debía tener alma de carcelero. Mirándolo a él recordaba los pasos, los movimientos de los funcionarios de prisiones.

Se escuchó un ruido de chicharra. El conserje fue hasta su mostrador y pasó el brazo por encima del mismo, dándome la espalda. Habló en tono bajo por el teléfono intercomunicador y luego, colgó. Se volvió para decirme:

—Ya puede subir, tercero tercera.

Tomé el ascensor. En la tercera planta, tras abandonar la cabina, una mujer de baja estatura, maciza, con cara de perro, abrió la puerta tercera. Me dije que aquella mujer no podía haber escrito cartas de amor ni copiándolas.

—¿La viuda Randie? —preguntó, pensando que yo estaba allí de más y que era mejor que me fuera a buscar esmeraldas a Bolivia o perlas en el fondo del océano Indico.

El apartamento era amplio, con una decoración muy moderna. Predominaban los colores claros, especialmente en sofás y butacas.

La descubrí de pronto, saliendo por detrás de una cortina.

Vestía un «complet» ajustado como una segunda piel. El estampado de la tela imitaba el pelaje del leopardo y tenía un cuerpo que bloqueaba la nuez en la garganta de cualquier hombre que se considerara como tal. Los cabellos eran largos y color oro claro. Llevaba los ojos muy perfilados con pinturas azuladas, eran grandes y verdes. Sus labios carnosos resultaban muy atractivos.

Aquella mujer se sabía admirada.

—¿Quería verme? —preguntó con una voz cálida, una voz que hacía juego con toda ella.

—¿Eres la hija de Randie?

Ella sonrió y avanzó contoneándose. Era una continuidad de curvas en movimiento. Se dejó caer en una butaca, pero no en forma normal, sino medio subiéndose en ella y doblando las piernas con actitud provocativa.

—Soy la viuda Randie.

—Nadie lo diría —dije, sincero.

—¿Por qué, te parezco muy joven?

—No, lo digo porque no vas de luto.

—Eso está muy demodé.

No esperé a que me invitara a sentarme. En la puerta seguía la mujer bajita y cuadrada que contrastaba tanto con Gladys. Parecía vigilarme como un perro celoso.

Aquel ángel rubio me iba mejor a mí, mucho mejor, que al desgraciado que había visto morir apuñalado en una celda al sur, junto al Mediterráneo, donde lucía un sol espléndido. Sangre y sol, una combinación que solía darse en muchas ocasiones... Pero, estaba hablando de Gladys.

No sé cómo explicarlo, tenía un acento... No era una parisina pura, claro que no, debía ser inglesa, canadiense o australiana. En aquellos momentos, no me hubiera disgustado ser hombre lobo para darle unos cuantos bocados, o Drácula, para succionarle la garganta y otras cosas, claro.

—¿Te has quedado mudo? —me preguntó.

Comprendí que había perdido mucho tiempo pensando en las cosas que haría con Gladys si fuera mía, si es que a una mujer se la podía poseer. Sé que hay ilusos que creen que sí poseen a la suya.

—Yo estaba en la celda cuando Randie murió.

—No tienes aspecto de funcionario de prisiones —opinó ella con un mohín que puso corrientes eléctricas en mis muslos y bastante arriba de los mismos por cierto.

—No soy funcionario de prisiones. Yo estaba...

—¿Preso? —preguntó, a punto de reírse de mí.

La muy condenada debía disfrutar viéndome sufrir. Yo estaba siguiendo su ritmo, me daba cuenta, pero ya era tarde para darle un cambiazco.

Después de todo, no era tan malo que ella jugara a hacerse la coqueta conmigo, eso siempre excitaba, lo malo es que luego tendría que buscar desesperadamente a Lelé, ya sabes, la yugoslava de la que he hablado antes.

—Sólo preventivo. Al final mi abogado, muy bueno por cierto, convenció al juez de que no había suficientes cargos para procesarme y aquí estoy.

—Menos mal que no estás en la cárcel. Se pasa mal encerrado, ¿verdad?

Al preguntarme aquello, cambió de postura en la butaca. Su figura volvió a ondular sensualmente.

—Sí, muy mal. Estuve pocos días, pero se pasa mal.

—¿Mataste a alguien?

—No, no maté a nadie.

Pensé que no necesitaba contarle toda la historia, no tenía por qué defender mi dignidad y honorabilidad ante aquella gatita a la que parecía sentarle maravillosamente que su marido se hubiera muerto. Tampoco podía decirle que me habían tomado por tonto y me habían convertido en «camello» sin yo desearlo. Era mejor que pensara que podía resultar peligroso, eso hasta podía excitarla.

—Olvidemos mi vida —le pedí. Miré hacia la puerta, la bulldog continuaba allí, mirándome fijamente—. ¿Muerde? —pregunté.

Gladys se echó a reír.

—¿Tomas *whisky*? —preguntó, mirándome.

—No es mi costumbre, pero en esta ocasión haré una excepción.

—De acuerdo. Antoinette, trae un par de vasos con hielo.

La vigilante o lo que fuera se marchó a cumplir la orden. Gladys siguió riéndose y como un secreto me contó:

—Es muy buena, me cuida mucho. Es como una madre para mí, sólo tiene un defecto.

—¿Otro? —inquirí.

—Cada mañana se toma un par de horas para practicar su deporte favorito.

—¿Y cuál es?

—Karate.

En aquel momento me tocó reír a mí, pero reí con una risa nerviosa. Esperé que con el canto de su dura mano no tratara de partir mi cráneo como los karatekas parten ladrillos o tablas.

—Si estás aquí será por algo referente a mi marido, ¿verdad?

—Pues sí —respondí sinceramente.

Ella abandonó la butaca y buscó una pitillera de oro. La abrió, colocándose frente a mí, tan cerca que le habría podido morder en el muslo o en alguna otra parte cercana a él. Gladys sabía lo que se hacía.

Movió levemente las caderas, aquello era como una provocación. Me metió el cigarrillo entre los labios abiertos y me ofreció fuego. Después, puso otro cigarrillo al extremo de una larga boquilla y se subió al sofá medio tendiéndose en él. ¿Dónde diablos habría aprendido a moverse de semejante manera?

—Antoinette, saca el *whisky* del mueble bar —pidió.

Miré a la doncella de Gladys, aunque llamar «doncella» a la tal Antoinette era un insulto a la palabra; pero, quizá sí lo fuera.

Saqué las cartas anudadas con un fino cordel.

—Randie me dio esto para ti.

—Ah, mis cartas. Pobre Randie, ¿cómo lo pasó en la cárcel?

—Mal, muy mal, hasta se murió.

—Sí, claro, me dijeron que había sido otro preso que también murió. El era muy luchador.

—Y muy callado, pero me dijo... —Pensé que si le soltaba lo que me había pedido Randie, allí podían acabar nuestros encuentros y yo deseaba seguir viendo a aquella viuda a ver si podía consolarla.

Ella examinó las cartas con fingido interés. Tras comprobar que eran las que ella misma había escrito, cerró los párpados. Levantó

luego las hermosas pestañas (ignoro si eran postizas) y clavó sus pupilas verdes en mí.

—¿Te dijo algo más?

—Sí.

—¿El qué?

—Tengo una memoria que en ocasiones falla, será falta de fósforo.

Achicó sus ojos verdes, me escrutaba tratando de adivinar a qué juego quería conducirla. No era tonta, claro que no. Caer en la trampa era fácil. Su aspecto, su voz delicada e ingenua que contrastaba con su rabiosa sensualidad, podían hacer pensar que uno podía dominarla con cuatro palabras, pero yo estaba en guardia. Me habían engañado una vez y no me engañarían otra. Allí debía haber algo «gordo». Aquella preciosidad vivía con mucho lujo y sería muy interesante averiguar de dónde salía tanto dinero.

—Verás, me dijo algo muy importante.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que te dijo?

—Pues, ya te he dicho que no lo recuerdo; claro que si vamos a cenar, a lo mejor comiendo pescado y algo de marisco se estimula mi cerebro.

Gladys torció algo el gesto pero volvió a sonreír.

—De acuerdo, ahora soy viuda, no tengo ya que guardar ninguna clase de fidelidad.

Me pregunté si aquella gatita de cabellos de oro y ojos verdes le habría guardado fidelidad a Randie alguna vez.

—Esta noche —dije, fanfarrón— la tengo comprometida. Mañana te llamo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y haz memoria, la última voluntad de mi marido me interesa mucho.

Se levantó del sofá y yo también me puse en pie. Ella se alzó sobre las puntas de sus pies y me dio un besito en los labios. Sí, sólo fue un besito. Para mis adentros me dije que en otro momento trataría de conseguir mucho más. Me pregunté qué pasaría si Gladys, tal como iba vestida, cruzaba el patio de la prisión repleto de presos. Pobrecita, ni la romana Mesalina podría resistir tanto...

CAPÍTULO III

Lelé me abrazó y me llenó de besos. Un tipo que estaba tras ella, en el apartamento de mi amiga yugoslava, carraspeó sonoramente.

Yo no amaba a Lelé, eso estaba claro, pero para acostar se con una mujer no es preciso amarla, creo que eso ya te lo he dicho antes. Con Lelé, uno satisfacía su instinto animal y eso era todo.

Lelé no tenía ni idea de que yo hubiera estado en la cárcel. Mi encarcelamiento había sido uno más entre multitud de otros.

—Oye, ¿hay un lugar donde pueda hospedarme?

El tipo que estaba tras ella volvió a carraspear. Comprendí que yo estaba de más allí.

—Espera, tengo algo para ti.

—¿Ah, sí? —Me pareció magnífico. Aquel tipo me miraba con odio, pero sin decir nada. Debí observar que yo era más alto y mucho más joven que él. De liarnos a bofetadas, podría salir perdiendo. Lelé regresó con unas llaves.

—Toma, son del apartamento de una amiga que ha tenido que marchar, creo que a las Bermudas. Me pidió que le diera una ojeada a su apartamento de vez en cuando; confío en que no le harás ninguna trastada.

—No, claro que no. Puedes fiarte de mí, ya lo sabes.

—Ella me dijo que llamaría antes de regresar. Cuando llame, yo te aviso a ti y buscamos otro sitio o mientras, te buscas tú otro lugar. ¿De acuerdo?

—Perfecto, Lelé.

—Ah, otra cosa. En el *parking* tiene su coche, me pidió que lo sacara a rodar unos pocos kilómetros. Ya sabes que los coches demasiado tiempo parados luego no andan. ¿Me harás ese favor?

—Sí, claro.

Nos besamos. Lelé había vuelto a hacerme un gran favor.

—Un día de éstos salimos juntos, tenemos muchas cosas que

contarnos.

El individuo que continuaba en el umbral, entre la sala y el vestíbulo, carraspeó por tercera vez.

—Lelé, a ver si algún día cambias de vida.

—Cariño, cuando una se acostumbra a algo luego es muy difícil de dejarlo y más si le va bien al bolsillo.

Lelé y yo seguíamos siendo buenos amigos. Lo que ella hiciera con su vida era cosa suya, yo no era ningún redentor de zorras.

Lelé no me había fallado. París era muy grande y, en consecuencia, tenía muchas viviendas, pero es difícil encontrar una digna en poco tiempo y pagando poco como en mi caso. En fin, ya sabes, era el ofrecimiento de una amiga.

Un taxi me llevó al apartamento de la amiga de Lelé, supuse que sería una compañera de «profesión».

No era lujoso como el de Gladys Randie ni tampoco medio como el de Lelé. Era un apartamento antiguo, algo modernizado. La llave giró perfectamente en la cerradura.

Todo estaba aseado, una mujer de la limpieza debía ir periódicamente. Sólo el ventanal de la salita daba a la calle y desde él pude ver el garaje. Deduje que allí estaría el coche de la propietaria del apartamento, ya que el edificio carecía de aparcamiento propio. Era una casa que debía estar construida de antes de la guerra del catorce.

La mujer que vivía allí no tenía muchas cosas, aunque el armario estaba lleno de vestidos. Encontré fotografías y pude verla. Era de estatura mediana, cabello castaño, aunque eso faltaba por comprobar, y estaba muy bien de figura, pues había varias fotos en *topless*. En una de ellas vi el coche, un vehículo de tipo medio, y allí se veía la matrícula.

La cama, como era de suponer, era ancha y el ambiente olía a cosméticos. Quizá es que los vestidos estaban impregnados de los cosméticos y yo había dejado el armario abierto.

Me tumbé en la cama y dormí unas horas. Cuando me levanté, me duché y fui a buscar el coche para ponerlo en marcha y que no se agarrotara.

El empleado del garaje me miró desconfiado. Tuve que pasarle unos francos y pedirle que telefonara a Lelé que estaba al cuidado del vehículo.

Lo hizo y luego, me sonrió, ayudándome a sacar el coche, pues lo había encajado en un rincón, como si estuviera castigado contra la pared.

El coche, pequeño, era veloz, tenía la quinta velocidad, pero no pude colocarla en mi desplazamiento por las calles de París. Me sentí bastante bien. Tenía donde dormir y un coche para desplazarme, pero el dinero que llevaba conmigo no iba a durar, debía hacer algo en breve tiempo.

¿Qué diablos había querido decir Randie cuando me había dicho que pidiera a Gladys la fuente del destino? ¿Encontraría dinero en la viuda de Randie?

Ardía en deseos de ver cuanto antes a Gladys y me preguntaba si terminaría acostándome con ella. Estoy seguro de que tú, lector, hubieras deseado lo mismo de llegar a verla, pero mi instinto me advertía de que Gladys era una muñeca tan bella como peligrosa.

Ahora, era la viuda de Randie. ¿Qué sabía yo respecto a Randie? Bueno, sabía que el dinero no le faltaba, pero ignoraba por qué lo habían encerrado en «chirona». Esa pregunta había golpeado muchas veces mi cabeza. Me contaron que estaba preso por asesinar a su primera esposa, a su exesposa, pero yo no acababa de tragarme ésa rueda de molino.

—Nos encontraremos en el restaurante Pisa —me dijo la aterciopelada voz de Gladys, algo más afinada por el teléfono. Acababa de llamarla desde una cabina pública para concretar la cita.

La comida italiana me gustaba. Esperé que la minuta no subiera demasiado, no andaba sobrado de dinero precisamente. Aún me estaba alimentando de la digamos «herencia» que me dejara Randie y esos francos ya parecían agua entre mis dedos, se escurrían con una facilidad que me hubiera asustado de pensar en el futuro. Yo no tenía trabajo, claro está que podía intentar colocarme en alguna parte. Ah, se me olvidaba, soy de Bruselas...

¿No te lo había contado antes?

A la hora fijada me presenté en el restaurante Pisa que no quedaba lejos del Boulevard des Capucines.

Me tranquilicé al ver que no era una vulgar pizzería, tampoco un restaurante excesivamente ruidoso. No me gustaban los restaurantes donde el ruido de fondo era tan fuerte como el ensayo

de una banda militar.

Gladys no fue puntual y no me extrañó. Yo ya me había tomado dos martinis secos, pensé que no debía beber mucho más.

—Hola.

Me besó rápida y fugazmente en la boca. Me quedé un tanto desconcertado y traté de disimularlo. Ella sonreía con los ojos y con los labios.

Pensé que no era bueno llenarse el estómago de macarrones y spaghetti. Cuando un tipo comía pasta italiana llena de salsa de pomodoro ante los ojos de una delicada preciosidad como Gladys, debía sentirse como una especie de cerdo a la hora de la pitanza.

Gladys no demostró prisa por hablar. Me dejó explicarle un par de chistes malos, bueno, ni siquiera sé si eran chistes. Ella rió con facilidad. Pensé que me estaba comportando como un idiota que se enamoraba rápidamente de una chica, claro que Gladys debía estar acostumbrada a que nosotros los hombres nos enamorásemos de ella. Ah, vestía ropa ajustada, pantalón negro y jersey amarillo claro. Me fijé más en las rotundas formas que en la tela que la cubría.

Encendimos cigarrillos y nos trajeron café de corte italiano. Sus ojos me miraron con expresión inteligente y pensé que debía tener un inmenso poder en aquellos maravillosos faros verdes porque llegué a sentir sobre mi cogote la presión de una mirada humana y, sin embargo, ella estaba frente a mí. ¿Me traspasaba el cerebro de parte a parte con su mirada o es que había alguien más detrás de mí, interesado en mi testa?

Iba a girar la cabeza para ver quién me miraba cuando ella alargó su mano y la puso sobre la mía. Eso me contuvo. Fue como si me pasara la corriente, pero no de una forma torturante.

—¿Qué sabes de Philip?

Eso era lo que interesaba a aquella preciosidad llamada Gladys. Philip Randie, su difunto marido, y no yo. Me volví a preguntar qué era lo que ella esperaba aún, porque seguro que Gladys esperaba algo, algo que suponía estaba en mi poder o bien yo sabía dónde encontrar.

La herencia quizá estaba en trámite todavía, la muerte de Randie era reciente. Yo estaba hecho un lío. Si no te lo he contado antes te aclararé, amigo que lees esta historia, que yo no soy un

detective privado ni nada que se le parezca. Soy un tipo vulgar, vivo de esto y de aquello, no me preguntes de qué, no lo sé con exactitud.

Es difícil encontrar un trabajo, ¿verdad? Si aceptas un consejo, no busques un trabajo fijo que te dure hasta la vejez, vivirás una vida muy aburrida, claro que si llegas a la jubilación y la cobras, seguirás aburriéndote hasta que alguien piadoso cierre la tapa de tu ataúd.

Dios, qué ojos, qué ojos tenía Gladys... Me pregunté si quedar encantado ante los ojos de una cobra de anteojos sería lo mismo.

—¿Llegasteis a ser muy amigos Philip y tú?

Expulsé el humo de mis pulmones muy despacio, dándome tiempo para contestar. Al fin, ya no quedó humo que sacar, mis pulmones debían estar prensados dentro de la jaula que formaban mis costillas.

—Bueno, nunca se sabe hasta dónde llega la amistad dentro de una cárcel. Allí dentro todo es diferente y cuando sales, todo vuelve a ser distinto, es como si te trasladaras de planeta. Philip no era un hombre que hablase mucho, más bien diría que habló muy poco.

Además, yo estuve pocos días en su compañía.

—Si te entregó las cartas para que me las devolvieras, sería porque confiaba en ti.

—Sí, eso sí, incluso me dio algunos francos.

—¿Dinero?

—Sí, con ese dinero voy a pagar esta cena.

—Andas mal de dinero, ¿eh?

—Pues sí. Estoy buscando algo conque hacerme rico un día de éstos. Ya sabes, desprecio el dinero, pero si me llenan los bolsillos no voy a tirarlo. Que yo sepa, el dinero no lo tira nadie, ni los bancos, la iglesia, el ejército ni los políticos. Ni yo, claro.

—Yo tampoco —añadió con un mohín. Volvía a comportarse gatunamente.

Parecía darse cuenta de que yo no era tan comunicativo como pudiera suponer en un principio. Quizá llegara a pensar que yo no sabía absolutamente nada de lo que parecía interesarle, y si llegaba a esa conclusión, me daría el esquinazo o lo que es lo mismo, la «patada».

—No sé por qué mató a Bronco, el tipo que le mató a él. No sé

por qué se produjo la reyerta. Randie vino a morir a la celda.

—¿Cómo murió?

—Pues, con unas puñaladas en el estómago y metido en una celda. No se puede decir que uno muera así muy a gusto. Es como llegar al infierno antes de caer en él.

—Comprendo.

—No, no puedes comprenderlo —le rebatí—. Tú has vivido siempre como ahora, ¿verdad? Sin faltarte nada, sin que te apuñalen, sin pasar por la cárcel.

—Desde luego.

—Entonces, no puedes comprenderlo. —Recordé a Randie filtrándosele la sangre entre los dedos. ¿Qué diablos me importaba a mi Randie? Yo no había hecho amistad con él y tampoco creo que fuera un tipo excelente. Estuve poco tiempo junto a él y no me caía bien. ¿Acaso le estaba ayudando en algo con mi encuentro con Gladys o me estaba ayudando a mí mismo por si sacaba una buena tajada de un asunto oscuro del que nada sabía?

Seamos sinceros. Cuando decimos que hacemos algo por ayudar a alguien, ¿le estamos ayudando de verdad o nos ayudamos a nosotros mismos?

—Sí, me dijo algo, algo muy importante.

Tenía muy poco que decirle a Gladys. Antes de morir apuñalado. Philip Randie me había dicho que le pidiera a Gladys «la fuente del destino». Y yo no tenía ni la más ligera idea de lo que podía ser eso. Por ello, debía hacerme el misterioso para alargar la situación, porque ¿qué podía ser «la fuente del destino»?

¿Sería un libro, una estatuilla, una película kafkiana, un video pesado y rollo solo apto para enterados...? No lo sabría hasta tenerlo en mis manos. Por otra parte, yo no tenía ningún documento que pudiera obligar a entregármelo y si se negaba a dármelo, se negaría también a verme.

Decidí darle un poco de teatro a la situación, sin saber en el lío en que iba a meterme.

—Me dijo que tenía que encontrar algo muy importante.

—Sí, ¿pero qué? —insistió, y su nerviosismo se hizo evidente.

A Gladys debía faltarle algo importante. No creía que fuera a impacientarse simplemente por tratar de cumplir la última voluntad del difunto Randie.

—Me pidió que buscara... En fin —cambié el rumbo de mis palabras, sabía que no iban a sentarle nada bien a aquella preciosa viudita—. Antes me habló de un crédito.

—¿Un crédito?

Yo no era tan caradura como para pedirle dinero directamente, no hubiera sido correcto, por eso pensé que como mi situación era apurada, podía pedir un crédito hasta que llegaran tiempos mejores o ganara en la ruleta o en cualquier otro juego de azar.

Estaba claro que si iba a un banco con mi sola cara y mi firma no me iban a dar un mal franco. No tenía empresas, propiedades ni amigos con avales, nada. ¿Cómo me iban a conceder un crédito, si ni siquiera tenía trabajo?

—Sí, un crédito —repetí—. Me sugirió que te lo pidiera a ti. Yo tenía que devolvértelo dentro de un tiempo, cuando las cosas me fueran bien. Así, mientras resolvía su asunto, podría pagar mis gastos.

—¿Qué asunto? —preguntó Gladys en vez de hablar del crédito.

—Del que tengo que resolver en su nombre. Fue su última voluntad y yo no puedo defraudar la última voluntad de un compañero de celda.

—Puedes confiar en mí, yo era la esposa de Philip —me dijo, apretándome suavemente la mano que me tenía cogida.

—Sí, confiaré en ti, naturalmente, pero necesito un crédito.

Había llegado el momento crucial. Bebí una copa de Calvados y fui directo al grano.

—Para que resuelva el asunto que quería Philip Randie, me hacen falta cien mil francos. —¿Cien mil francos?

Gladys pareció asustarse un poco. Yo pensé que, puestos a pedir, ¿para qué rebajarme a pedir calderilla?

—Le dije que se lo devolvería, pero aun con ese dinero, tendré que moverme con cuidado. Después de todo, no es mucho hoy en día.

—Lo pensaré —dijo, resignada.

Para mí, aquello fue una buena noticia, aunque tuve algunos remordimientos. Tenía la impresión de que la estaba timando, pero yo sabía que había algo «gordo» en todo aquel asunto de «la fuente del destino». Me lo advertía mi instinto y si no sacaba ventaja de principio, podía ser que no la sacara jamás.

—No quiero cheques, que sea en metálico y en billetes no mayores de cien.

—Comprendo —aceptó ella—. Ahora, me voy.

—Espera, te llevaré a casa, tengo mi coche afuera.

—Y yo también el mío.

La vi marcharse con semblante preocupado. En la despedida no se mostró cariñosa, debió pensar que yo era un canalla, pero ¿qué podía pensar mejor de mí si había estado haciendo compañía a su marido en la cárcel?

CAPÍTULO IV

Dormí mal y preocupado.

Aunque no te lo creas, sentía remordimientos. Estaba jugando a duro y cínico de película serie «B» americana y me decía que no había estado bien tratar de sacarle a la preciosidad de Gladys cien mil francos.

Conseguí dormirme cuando me repetí a mí mismo que sólo se trataba de un crédito y de que le devolvería el dinero cuando las cosas me fueran bien. Lo malo es que nunca me habían ido bien, ¿por qué tenían que cambiar en un próximo futuro? Bueno, el destino siempre puede describir un giro espectacular.

Caía el agua de la ducha sobre mi cuerpo cuando se separó la cortina de plástico y ante mí apareció un cuchillo de acero sueco de por lo menos dos palmos de largo. Si hubiera sido una chica de película, habría gritado mucho.

—¿Te he asustado?

Aquella parodia de Psicosis no me gustó nada. El agua de la ducha seguía cayendo sobre mí, resbalando sobre mi cuerpo desnudo.

—Lelé...

Ella se echó a reír. Me contuve pensando que no estaba bien darle dos bofetadas a la mujer que me había proporcionado aquel apartamento y el coche.

—Debería castigarte por esta bromita —gruñí, malhumorado.

Sin dejar de reír, Lelé acercó la punta del largo cuchillo a mi aparato reproductor. Bueno, podía haber dicho pene y testículos, pero ya ves.

—¡Aparta!

Di un manotazo a la mano armada de Lelé antes de que la broma llegara demasiado lejos.

La sujeté y la desarmé. Salí de la ducha y me di cuenta de que

estaba algo bebida. La metí dentro de la ducha y puse el agua fría sin mezclar. Ella sí gritó. Tras secarla con la gran toalla, la cargué entre mis brazos y la llevé a la cama.

Tendió sus brazos hacia mi pidiéndome:

—Acuéstate conmigo, amor.

—Primero duerme, luego ya veremos.

Abandoné el apartamento. Esperaba que Lelé no se hubiera alcoholizado de manera irremediable. El alcohol degrada aún más la vida de las rameras y acaba con ellas.

Hice un esfuerzo por olvidar a Lelé y me resultó fácil conseguirlo.

Me dirigí a casa de Gladys, no tenía excesiva confianza en que ya hubiera reunido los cien mil francos. Quizá todo no estaba aún legal en la herencia y tardara un tiempo en conseguir el dinero que yo suponía debía tener Randie, si es que realmente era así. Estacioné mi coche. Por el espejo retrovisor miré hacia el coche situado tras el mío y que me había dado la impresión de que me estaba siguiendo.

El coche me adelantó con un brusco acelerón. Al volante iba un tipo que, al volverse hacia mí, reconocí de inmediato.

—¡Paolo!

Todo fue muy rápido.

El levantó su diestra armada con un pistolón que llevaba incluido el silenciador, lo que lo convertía en un arma aún más impresionante.

Lo vi todo muy claro en un segundo. Si hubiera tardado más, ahora estaría en la Morgue. Vi cómo el arma me apuntaba mientras el coche me rebasaba. El llevaba la ventanilla bajada y yo también.

Me tumbé de lado contra el asiento y oí dos taponazos. El cristal de la ventanilla de mi derecha quedó astillado y con dos agujeros. Aquel maldito italiano había fallado por muy poco.

Arranqué de nuevo el coche y salí en persecución de Paolo, olvidándome de la bellísima Gladys.

Por si no te lo he dicho antes, te contaré que Paolo era el tipo de la agencia de Nápoles que me ofreció doscientos dólares americanos (no era demasiado dinero, por eso todo me había parecido legal) por conducir el lujoso Mercedes-Benz atravesando Italia de sur a norte y Francia hasta llegar a Alemania.

Se suponía que luego me iría a Bélgica, pero mi viaje terminó en la aduana francesa donde fui capturado como un gorrión.

El tal Paolo me había convertido en «camello» sin yo saberlo, poniendo el Mercedes Benz en mis manos para que lo devolviera a su propietario en Hamburgo sin yo saber que transportaba droga.

Era evidente que el tal Paolo había tratado de silenciarme a balazos, una forma un tanto expeditiva de pedirle a uno que se mantuviera calladito.

Lo perseguí por las calles de París, pero él llevaba un coche más potente que el mío. Deceleré, lo había perdido ya de vista.

Me estacioné a doble fila, miré el cristal agujereado y di vueltas a la manecilla para esconderlo. Pensé que no era bueno llamar la atención de la policía. —¿Le sucede algo?— preguntó un gendarme, asomándose por el hueco de la ventanilla.

—Nada, nada, agente, es que creo que un tipo con un coche más grande se ha llevado a mi novia —le dije con risita de resignado.

—Bueno, esas cosas pasan. La próxima vez cómprese un coche más caro.

Me alegré de que no empezara a pedirme los papeles. Quizá le di pena o pensó que no me movería bien dentro del coche con los cuernos tan grandes que supuso yo llevaría.

Busqué una calle adecuada para dar la vuelta. Paolo había escapado, pero no había conseguido matarme, podía considerarlo un empate.

Yo tenía pensado visitar a Paolo en el mismísimo Nápoles y pedirle cuentas allí, pero él se me había adelantado yendo a París a por mí. Estaba claro que él tenía más prisa por llevarme a mí a la Morgue que yo a él a un hospital.

El portero del apartamento de Gladys seguía mirándome con notorio recelo. Quedaba claro que yo no le caía bien. En otra ocasión, probaría a ir con *smoking*.

Abrió la puerta del apartamento la mismísima Gladys, lo cual me sorprendió, pues esperaba que apareciera aquella mujer baja, cuadrada y maciza llamada Antoinette.

En sus ojos vi que yo debía tener un semblante aún más preocupado que el de ella.

—Pasa.

Se hizo a un lado. No me besó y yo tampoco aproveché la

oportunidad. Tuve la impresión de que yo era un «chulo» que iba a recoger la recaudación que durante la noche había hecho mi protegida.

Gladys se cubría con una preciosa bata de seda blanca y yo me hice la ilusión de que debajo de ella no llevaba nada más.

Me condujo al salón donde predominaban los blancos.

Aquel lugar era tan confortable como lujoso, sólo faltaba un gato de angora para hacer juego, pero a la vista no había más gatita que Gladys, la cual me dijo:

—Espera, voy a vestirme.

Pensé que podía ayudarla o mejor, acompañarla, pero desistí. Ella no me había hecho el más mínimo gesto invitándome a seguirla. Además, me pareció muy preocupada.

Me acerqué al ventanal. Era grande, hermoso. A lo lejos podía vérsela *Tour Noire* o el pegote de París como algunos la llamaban, a mí no me parecía mal.

Me hubiera gustado estar en la *Tour Eiffel* en aquellos momentos, recibiendo el azote del viento en el rostro y cogido de la mano de Gladys, admirando el Sena y los jardines del Trocadero como un par de turistas más.

Me estaba dejando ir por mi fantasía. Me aparté de la ventana y me fijé en la vitrina dentro de la cual, muy bien colocadas, estaban las cintas de video. Había muchas películas y también muchas cintas grabadas por la propia Gladys o su marido. Todas estaban en perfecto orden y había muchas detrás del cristal que las protegía.

Me fijé en un mueble que no llegaría a mi altura y deduje que sería el televisor. Abrí las portezuelas y descubrí que había acertado, era un magnífico televisor de veintiséis pulgadas.

Debajo, también encerrado, estaba el video. Como no sabía el tiempo que iba a esperar, escogí una película de la vitrina y leí su carátula: «A plein soleil».

Aquella película me había gustado mucho en su día, se trataba de un asesinato a pleno sol. Alain Delon, Maurice Ronet y Marie Laforet... No dudé en meter la cinta en el video y ponerlo en marcha. Empezó la grabación, la pantalla se llenó de color y yo me dejé caer en una butaca. Ahora, Gladys podía tomarse todo el tiempo que quisiera.

—Un buen invento eso del video —comentó Gladys tras de mí,

casi pegada al respaldo de la butaca.

—Sí, un buen invento —admití.

—Yo mato muchas horas con este aparatito, pero a veces me da jaqueca de tanto mirarlo.

—No es bueno estar siempre en actitud pasiva. Hay que moverse, participar. Estar siempre frente a la pantalla es como estar uno muerto mientras los demás viven.

Me levanté.

Gladys parecía haberse recuperado un poco y yo lo creí debido a la magia de la cosmética.

—A Philip le gustaba mucho eso del video. Le gustaba visionar películas compradas o cambiadas en clubs, pero también le gustaba filmarlas.

—¿Grabarlas, quieres decir?

—Sí, eso, grabarlas —aceptó ella.

—Viendo este apartamento, deduzco que tendría un buen equipo.

—Sí, un equipo de grabación semiprofesional de fabricación japonesa.

—¿Y qué harás con todo esto? —pregunte, refiriéndome al video.

—Disfrutarlo.

—¿Y pasárselo al próximo?

Le rodeé la cintura con mi brazo derecho y la atraje hacia mí.

—No volveré a casarme —replicó, sin protestar demasiado por mi acción.

—¿Te fue mal?

—Se sufre mucho.

—Lo comprendo. No todas las mujeres pueden decir que les han matado el marido en la cárcel.

—No, claro.

La estreché más contra mí. Supe que no llevaba sujetador, noté sus pechos contra mi cuerpo, pero me hubiera gustado más cogerlos entre mis manos para acariciarlos.

—No, no —me pidió suavemente—, he de salir.

—¿Salir ahora? ¿No habías quedado conmigo?

—He de visitar a tío Héctor. —Vi cómo una duda en sus maravillosos ojos color esmeralda y añadió—: Claro que tú podrías

venir conmigo, si lo deseas.

—¿Vas a presentarme a la familia?

—¿Por qué no? Tengo un grave problema.

—¿Cuál?

—No puedo darte el dinero que me pediste.

Carraspeé sin soltarla. Me gustaba tenerla contra mí, claro que hubiera sido más apetecible si ambos lleváramos traje de nudistas.

—Yo sólo te he pedido un crédito, no dinero como si fuera...

—¿Un chantaje?

—No me gusta la palabra, mon amour.

—A mí tampoco y creo que no serías capaz de tal cosa.

—Naturalmente que no, sólo quiero conseguir el crédito que me prometió Randie —mentí, con la promesa interior de devolverle el dinero en cuanto me fuera posible—. Es que han surgido problemas.

—¿Cuáles?

—Ven conmigo a ver a tío Héctor, ya te lo contaré. —De acuerdo— dije.

Había que tener paciencia. ¿Quién no tiene que armarse de paciencia cuando pide un crédito?

—Iremos en mi coche —dijo Gladys.

Me encogí de hombros y descendió con ella a las entrañas leí edificio. El coche de la amiga de Lelé no era ninguna joya, ya había tenido buena prueba de ello al intentar la persecución de Paolo. Maldito Paolo... ¿Intentaría dispararme de nuevo?

CAPÍTULO V

—Pareces muy preocupado —comentó Gladys en ascensor.

—Recordaba que he de cambiar un cristal del coche.

—¿Una colisión?

—Según como se mire, hasta dos —dije, recordando los impactos de las balas. El coche de Gladys era un Mercedes-Benz descapotable azul oscuro y con pintura metalizada.

—¿Éste era el coche de Randie?

—No, es el mío. Philip tenía ese otro. —Señaló un Opel de gran potencia y que parecía blindado.

Silbé de admiración y pregunté:

—¿Qué harás con él ahora?

—Cuando tenga toda la herencia en orden, venderlo. Aún está a nombre de Philip y ya sabes cuán engorrosos son los pasos de la burocracia.

—¿Y las llaves?

—Las tengo arriba en el apartamento.

—Un coche así, si el precio es adecuado, no te costará mucho venderlo.

—No, creo que no. Vamos.

Gladys se puso al volante. Después de todo, era su coche y yo no sabía donde vivía su tío Héctor.

Movió el dial de la radio y la puerta del garaje subterráneo se abrió electrónicamente. Salimos como una exhalación rodando por la rampa que nos llevó a la calle.

Ya estábamos sobre el asfalto cuando la puerta se cerró automáticamente. Para vivir bien, no había otra cosa mejor que vivir en un lugar caro y, por supuesto, poder pagarlo.

Gladys conducía el deportivo con soltura, algo veloz y apuraba los semáforos.

Tuve que oír cuatro largos claxonazos de protesta de otros tantos

conductores. A Gladys, tales protestas la dejaban fría a indiferente, parecía conducir con tapones en los oídos.

Empecé a pensar que había tenido suerte al quedar encerrado en la misma celda que Randie que tenía aquella preciosidad por mujer y además, tanto dinero.

Debí suponerlo al encontrar los miles de francos bajo su colchoneta. Randie no había contado nada, pero posiblemente alguien en la cárcel sabía que él no era un clochard.

Gladys pulsó una tecla del radio cassette y estuvimos oyendo música a fuerte volumen. Comenzó a lloviznar. La verdad es que hacía algo de frío. Ella, con otro botón, subió la capota y luego los cristales. La música atronó entonces en mis oídos, alargué la mano y bajé el sonido.

Gladys introdujo el deportivo por un portal abierto. Recorrimos un pasadizo empedrado por el cual deduje habrían pasado las caballerías en tiempos pasados y fuimos a parar a un gran patio interior donde, entre arcadas, había estacionados media docena de lujosos coches.

—¿Esto es un convento?

—No, es la residencia de tío Héctor.

Imaginé que la casa era muy grande, un auténtico palacio urbano, un palacio sin jardines pero al fin y a la postre, un palacio.

Gladys llamó a un timbre. Se abrió la mirilla y brillaron unos ojos entre el enrejado. Casi de inmediato, sin que la bella viuda llegara a decir nada, se franqueó la puerta. Un tipo vestido correctamente de negro, con dos metros de estatura y algo más de cien kilos de peso, se inclinó ceremonioso.

—Buenos días, *madame*.

—¿Está tío Héctor?

—Se halla reunido con unas visitas.

—Bien, le esperaré en la salita junto al antedespacho.

—Como guste, *madame*.

Anduve al lado de Gladys. Era fácil comprender que la familia de la rubita de ojos verdes era de las más importantes de París y en consecuencia, de muchos otros lugares de la Tierra.

Desde la calle, nadie hubiera sospechado que aquel palacio estuviera tan cuidado y fuera tan lujoso por dentro.

Pasando frente a él a bordo de un automóvil, me habría parecido

un edificio de pisos viejos, pero allí dentro todo parecía pertenecer a la misma familia. Dorados en abundancia, altos y caros cortinajes, tapices, paredes tapizadas en seda, escaleras de mármol alfombradas, grandes óleos colgados por todas partes, enormes lámparas con lágrimas de cristal de roca... No puedo negar que me sentí impresionado ante tanto lujo.

¿Cuántos palacios urbanos como aquél habría en París, en Londres o Roma, en las distintas grandes ciudades de Europa? Entendía que aquellos palacios fueran públicos, reliquias del pasado remozadas y convertidas en museos, pero aquél era una propiedad privada y empecé a comprender que no serían tan pocas las familias en Europa que tenían propiedades de aquella categoría. —¿Tu tío Héctor vive aquí?

—Sí.

—¿Y no teme que le roben? —pregunté, mirando una armadura que en el medioevo debió pertenecer a un tipo que medía un palmo menos que yo.

—No, no creo que le roben. Dispone de buenas medidas de seguridad, lo mismo electrónicas que en personal.

—¿Y se puede saber en qué pozo encuentra el dinero tu tío Héctor?

—Juega a la bolsa, no sólo la de París, sino también la de Nueva York y Londres.

—Por lo visto, siempre he estado mal informado.

—¿Por qué? —preguntó, volviendo sus preciosos ojos verdes hacia mí.

—Siempre he oído llorar a los que juegan en bolsa, dicen que pierden dinero, pero por lo que estoy viendo ahora, también los que hay que lo ganan.

Gladys sonrió. Tras subir por una amplia escalinata en media curva, llegamos a una sala donde había dos hombres que saludaron a Gladys con sendas inclinaciones de cabeza. Imaginé que el tipo de los dos metros que vigilaba la puerta debía haberlos avisado ya de nuestra presencia.

Una salita de estilo Luis XV con la chimenea encendida nos acogió. Observé en derredor y opiné:

—Tenía que haber venido con librea y peluca empolvada.

La joven dejó escapar una risita burlona, cargada de suficiencia.

—No creas que todo aquí está muerto —comentó.

Moviendo la cabeza de un angelito que se hallaba en una cornucopia, hizo que un óleo se desplazara y quedó visible una pantalla de televisión de setenta pulgadas.

En la pantalla aparecieron paisajes de bosques. La cámara se adentró por un espeso bosque donde había ciervos sorprendidos. Miraron algo asustados, mientras por un sistema cuadrafónico de audio o por lo menos, así me lo pareció a mí, comenzaba a sonar la Pastoral de Beethoven.

—Anda, siéntate aquí, esperaremos a que acabe la reunión.

Me senté, me peiné los cabellos con las uñas de mi zurda y me pregunté si mi mamá me habría puesto suficientemente guapo y limpio para aquella ocasión.

Pasaron unos minutos. Gladys había tomado una revista entre sus delicadas manos. Yo hubiera preferido que aquellos dedos se entretuvieran deslizándose por mi cuerpo, pero pensé que aquél no era el momento. Seguí mirando la pantalla de setenta pulgadas.

Cuando me volví, por el antedespacho hacia la escalera, vi pasar a cuatro hombres espléndidamente trajeados.

Al poco, apareció otro hombre impecablemente vestido, con esos ademanes sobrios y elegantes propios de los tipos cuyos padres ya han sido bien educados desde la cuna. Era alto, delgado, con cabello cano, lo hubiera tomado por uno de los padres de la patria.

—¡Querida Gladys!

—¡Tío Héctor!

Observé en silencio los «mua, mua» de ambos.

Tras los besitos de rigor, Gladys me presentó.

—Es Erik Gheel, belga.

—Mucho gusto en conocerle, joven —me dijo tío Héctor que yo no sabía en realidad quién era.

Estreché su mano. Era fina, larga, seca y parecía huesos. Aquel individuo no debía tener el pecado de la gula y a juzgar por las canas, tampoco el del sexo, aunque eso nunca podía saberse. Se podía disfrutar en la cama sin ser obligate rió poner la grúa en posición de trabajo.

Abrió una pitillera de piel y me ofreció tabaco. Miré el cigarrillo buscando la marca, pero sólo vi una «H» y una «F» metidas dentro de un círculo.

Tuve la impresión de que yo era un tío importante para aquel personaje y su bella sobrinita.

—Mi sobrina no puede disponer de cantidades en efectivo hasta que la herencia pase legalmente a sus manos. Tampoco hay que pensar que la herencia sea abultada en dinero líquido. Hay algunas posesiones y están más grabadas por impuestos de lo que pueda parecer.

Pensé que me estaba dando demasiadas explicaciones. Eso era bueno para mí, aunque me olía que el crédito tardaría en llegar. ¿Qué diablos sería «la fuente del destino»? No supe cómo llamarle y se me ocurrió tutearle, aunque supuse que no iba a gustarle.

—Verás, Héctor, yo tengo que hacer algunas cosas y eso ocasiona gastos. Precisamente, ando algo escaso de calderilla.

—Cien mil francos no es una fortuna, pero sí una cantidad importante.

—Tampoco es para tanto —repliqué, pensando que aquel tipo sólo en calefacción debía gastarse los cien mil franco.

—Gladys —se encaró con ella entre dubitativo e interrogante—. ¿Crees que es importante?

—Sí, tenemos que ayudarle o de lo contrario no se podrá cumplir la última voluntad de Philip.

—Philip, Philip, la oveja negra, pobre y desgraciado Philip... Fue una muerte desagradable, menos mal que la prensa no ha inflado la noticia. Claro, como ahora hay tantas guerras de que ocuparse.

—Tío Héctor —se le acercó mimosa, cogiéndole por el brazo como gatita caliente—. No quiero tener remordimientos por no cumplir la última voluntad de Philip.

—Bien, bien —apaciguó aquel aristócrata del dinero—. No puedo soportar verte triste. Si fuera por Philip, habría preferido olvidarlo, pero por ti todo es distinto —dijo, sin soltar a Gladys, a quien le acarició el rostro. Me dio la impresión de que ella iba a dejar caer unas lagrimitas de un momento a otro—. Joven, veré de conseguir ese dinero en metálico.

—Muy bien. Gladys ya sabe que se trata de un crédito.

—Oh, sí, claro, un crédito a devolver en el año tres mil.

—Muy sarcástico —repliqué.

—Joven, quizá usted sea más sarcástico aún que yo. Bien,

Gladys, habrá que firmar algunos documentos para este asunto. Daré orden a Maurice para que lo ponga todo en marcha y ya te llamaré por teléfono.

—Gracias, tío Héctor —le dijo ella y de nuevo, «mua, mua».

Aquel personaje no me estrechó la mano al dejarnos.

Abandonamos aquel palacio que a mí me pareció que estaba camuflado, pues insisto que desde la calle nadie hubiera podido sospechar que existía.

—¿Me dejas llevar el «juguete»? —pregunté, señalando al deportivo Mercedes.

—Sí, claro —respondió ella, sonriendo.

Demostre a Gladys que podía manejar una máquina como aquélla con gran facilidad.

Quizá me pasé algo dándole al gas, pero saqué el coche por el túnel que daba a la calle como si fuera un obús por el interior del ánima de un cañón empujado por los gases de la carga de propulsión. Frené al llegar al asfalto y el coche se balanceó. —Está bien de frenos, no es preciso que los hagas revisar— opiné.

—Te gusta conducir, ¿eh?

—Sí, es un placer cuando la máquina es buena y no es domingo. Se relajó, estirando sus bien torneadas piernas.

—Estaba segura de que tío Héctor arreglaría este asunto.

—¿Y qué hace tu tío con tanto dinero? ¿Ya ha preparado una fundación para que después de muerto le hagan un monumento? —rezongué, sarcástico.

—Tío Héctor es un hombre muy frío y pragmático. Además, tiene mucho poder aunque muy pocos sepan quién es y jamás salga en televisión, en periódicos o revistas.

CAPÍTULO VI

Me tuve que meter en la ducha fría pese al frío. Gladys tenía la virtud de subirme la temperatura del cuerpo y provocarme un dolorcillo profundo en los «gemelos». En confianza te diré que la ducha no me proporcionó los efectos tranquilizantes que yo hubiera deseado.

Como era de rigor, yo estaba en el baño cuando sonó el teléfono. Chorreando agua, acordándome de la madre del que estaba llamando, salí del baño, fui hasta el teléfono y descolgué.

—¿Diga?

—Erik.

—Ah, eres tú, Lelé. ¿Has vuelto a beber?

—Erik, he de hablar contigo.

—A menos que esto sea una pesadilla, ya lo estás haciendo.

—Ven a mi apartamento, debo decirte algo importante.

—¿Por qué no me lo sueltas ya?

—No me fío —dijo, muy nerviosa.

—Pero ¿de qué diablos se trata?

—De una llamada de teléfono que he atendido en el apartamento donde tú estás cuando me dejaste bebida en la cama.

—¿No puedes adelantarme nada?

—No, pero es importante. Te espero. —Y colgó.

Quedé preocupado. Miré el auricular como si éste pudiera darme una respuesta, mas como sólo me obsequiaba con un molesto pitido, opté por colgar.

En un taller oficial de la marca del coche que me habían prestado, cambié el cristal perforado por los dos balazos. No era bueno que la policía me viera con ellos, podía hacer demasiadas preguntas.

Recordé a la bella Gladys, que se había desprendido de mi diciéndome que tenía que visitar a una tía. Empecé a pensar que

resultaba molesto que Gladys tuviera tanta familia. Me dio un par de «mua, mua». Te confieso que prefiero otra clase de besos, pero en apariencia, Gladys era tan coqueta como ingenua.

Aquello podía tomarse como una paradoja, pero así era. Sabía evadirse con suavidad cuando yo creía que la había puesto a punto de caramelo o lo que es lo mismo, calentita, calentita.

Como estarás pensando, el calentito era yo y no sabía cómo enfriarme. Reconozco que pensé que Lelé podía resolver mis problemas sexuales en un plazo corto, claro está que para mí no eran lo mismo Lelé que Gladys.

La viudita me gustaba cantidad. Llegué a preguntarme cómo se comportaría en la cama. ¿Sería pasiva y dejaría hacer o participaría, juguetona y ardiente? Tuve que pisar el freno del coche hasta el fondo y a pesar de ello, mi parachoques besó el del coche que tenía delante y que se había detenido al caer la luz roja.

El conductor del coche que me precedía, un taxista, puso el freno de mano y se apeó mientras se oían claxonazos de protesta.

Miró la parte posterior de su vehículo y comprobó que no había pasado nada, pero me miró con cara de buscaproblemas. Puse un gesto de resignación.

Aquel tipo gruñó algo y volvió a su volante. Yo no tenía ningún deseo de meterme en problemas de tráfico y decidí borrar de mi mente las preocupaciones que tenía si quería llegar a mi destino.

Llamé al timbre del apartamento de Lelé y salió la joven vietnamita. Debía ser una vietnamita más grande de lo normal, a juzgar por su talla.

Le vi cara de susto y me pregunté si me habría transformado en hombre lobo durante el trayecto debido a la calentura que llevaba conmigo.

Pronto descubrí que no había sufrido una metamorfosis sexual. Algo duro se metió entre mis vértebras y me empujó hacia la salita.

—Hola, Erik.

—Paolo —mascullé entre dientes al reconocerle.

El maldito italiano estaba junto a Lelé, la cual parecía muy asustada.

Detrás de mí había otro individuo, el que me apuntaba con una pistola que imaginé sería de gran tamaño.

—Perdona, Erik, pero han amenazado con matarme —gimoteó

Lelé—. Tengo miedo, tengo miedo.

—No te preocupes, Lelé, este par de tipos sólo vienen por mí —dijo con la frialdad que podía exhibir Humphrey Bogart en una de sus películas. Lo malo es que lo mío no era película, aquello iba en serio.

Yo no me había aprendido guión y tampoco sabía cómo terminaría la desagradable escena. La vietnamita seguía mirándome con cara de susto. Pensé que se le hubiera podido sacar un molde de yeso y a partir de ahí, conseguir una nueva máscara para el museo de cera Grevin, en la cámara de los horrores, por supuesto.

Volví la cabeza y tal como había supuesto, allí estaba el otro.

—Wilson...

—Lo siento, amigo, pero si te empeñas en hacerte el héroe, tendré que agujerearte.

—Y a ellas también, porque serían testigos —advirtió Paolo en su pésimo francés.

—¡Erik, no dejes que me maten! —suplicó Lelé.

Era evidente que no podía comportarme como un cerdo con la muchacha. Ella me había proporcionado apartamento y coche, ahora no podía dejarla en la estacada.

Levanté las manos.

Wilson, el yanqui, era el sujeto que había conocido en Italia y que me había puesto en contacto con Paolo. Este último, como director de la agencia de viajes, me había encargado que condujera el Mercedes-Benz que yo no había podido llevar a Alemania.

Ignoraba de qué humor estaría su propietario.

Wilson me aplastó contra la pared y estuve a punto de coger complejo de lagartija. Me cacheó, pero yo no llevaba conmigo ni un simple cortauñas.

Oí un «crash» que me hizo volver la cabeza y vi a Lelé desplomándose.

Wilson me golpeó con el cañón de su pistolón contra las vértebras.

—Quieto, sólo queremos que no moleste.

Paolo había decidido dormir a las mujeres a puñetazos, pero la doncella vietnamita no parecía dispuesta a dejarse noquear y retrocedió.

Paolo lanzó su puño y sólo logró rozar la mejilla de la oriental.

Ésta, con una rapidez digna de una karateka, le propinó un puntapié entre las piernas que le hizo dar un bote llevándose las manos a los «gemelos».

La brava réplica de la vietnamita no sirvió de mucho porque ella quedó de espaldas a Wilson y éste sólo tuvo que alargar su mano armada y proporcionarle un culatazo en el occipucio. La pobrecita oriental se desplomó como un saco de arroz.

—Maldita bestia amarilla —rugió Paolo, todavía resentido.

—Has estado un poco lento —le reprochó Wilson, también en su mal francés.

Paolo ordenó.

—Que ponga las manos atrás.

Me ataron las manos a la espalda con una cuerda de nilón que me dejó las manos sin circulación. Después, me empujaron contra el sofá.

Vi cómo Paolo sacaba una jeringuilla que llenó con el contenido de un frasco que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué vas a hacer, hijo de mala madre? —Gruñí, sabiendo muy bien lo que iba a hacer el mafioso.

Tuve que ver cómo inyectaban a Lelé en el brazo la mitad del contenido de la jeringuilla y la otra mitad, pasó al brazo de la vietnamita.

—Así no molestarán en unas horas —dijo Paolo, más recuperado—. Y no te preocupes por ellas, no les va a pasar nada.

Wilson seguía apuntándome con su pistola. Paolo había guardado la suya.

Les miré sin miedo, con desprecio, pero al mismo tiempo estaba confuso.

—¿Por qué queréis matarme? Yo no os he hecho nada, soy yo quien debiera pedirlos cuentas a vosotros.

—¿Ah, sí? —se rió Paolo, acercándose. Temí que fuera a darme un puntapié.

—Yo acepté un «trabajo» limpio. Tenía que llevar el coche a Hamburgo sin saber que ibais a meter droga en él. Me encerraron por vuestra culpa y no me gusta que me cuelguen el mochuelo de otros. Sois unos sucios.

—¿Has oído, Wilson? Este idiota nos está insultando.

—Le puedo romper los dientes con la culata y así estará

entretenido en chuparse la sangre de las encías.

Sentí unos furiosos deseos de aplastar las caras de aquellos dos mafiosos del mundo de la droga, pero lo malo era que ellos podían rompérmela a mí.

—Lo que no entiendo —les dije— es por qué me ayudasteis a que saliera de la cárcel y ahora queréis liquidarme.

—Tú no eres quien ha de hacer preguntas.

Lelé y la vietnamita me dieron pena. Las vi convulsionarse, la droga debía pasarse por sus cerebros. No sabía qué les habían inyectado y tampoco si era una sobredosis que podía terminar siendo mortal.

Aquel par de canallas no tenía ningún respeto por la vida de los demás. Ellos se dedicaban a sembrar el mundo de droga y de esta forma se enriquecían a costa de la desgracia ajena. No existía piedad en el rostro de Paolo y tampoco en el de Wilson, aunque éste me parecía más un «enganchado» que vivía de hacer de «camello» y de «enganchar» a los demás y también de hacer trabajos sucios como el que estaba ejecutando conmigo.

—Te conviene ser locuaz, Erik.

—Yo no tengo la maldita droga, ni el coche ni nada, sólo tengo la libertad y empiezo a sospechar que pagasteis al abogado para que me sacara de allí y poder encontrarme fuera de la cárcel.

—Ahí has dado en el clavo, todavía piensas —rezongó Paolo, sarcástico.

—De modo que queríais encontrarme fuera de la cárcel, ¿eh? En fin, yo no tuve la culpa de que me atraparan en la frontera, no sabía nada, pero palabra que si llego a saber que transportaba droga en el coche, yo mismo la entrego a la policía de frontera.

Wilson quiso castigarme por lo que acababa de escupirles, pero conseguí darle un planchazo en las rodillas y lo envié al suelo. Lo malo es que cayó sobre el cuerpo de la vietnamita que gruñó sin salir de su «viaje».

Me apuntó furioso con su pistola, vi sus cabellos rubios y largos, mugrientos y descuidados. Wilson quería matarme, lo leí en sus ojos. Le bastaba con apretar el gatillo, me enviarían a la Morgue y se habrían terminado todos mis problemas, pero pese a lo difícil que se había puesto la vida para mí, yo deseaba seguir viviendo.

No sé si era simple instinto animal u otra cosa; pero, pese a

todo, no le tuve miedo a la muerte; tampoco a aquel agujero oscuro del cañón del arma que miraba a mi entrecejo.

—Quieto, Wilson —le ordenó Paolo—. No seas estúpido.

—¡Lo mato, lo mato!

—Cuando sea el momento, podrás hacerlo tú mismo, ése será tu privilegio, pero antes has de soltar la lengua.

Desvié mi mirada hacia Paolo. En aquellos momentos, le agradecí no pesar unos gramos más, ya que Wilson no me había disparado.

Paolo tenía algo de tripa, usaba ropa bien cortada.

—No sé qué os puedo decir que no sepáis ya.

Paolo me sonrió agradamente. Se sentó en una butaca como si estuviera cansado y a la vez seguro de que las dos mujeres no se moverían de donde estaban.

—Yo pagué para que te sacaran de la cárcel —me dijo Paolo.

—¿Tengo que darte las gracias, cuando fuiste tú el que me metió en ella?

—Yo no te metí. Fuiste un idiota que no supiste pasar la frontera. Viajar en un Mercedes Benz de alta cilindrada, un modelo de lujo y vestir como un paria es llamar la atención de la policía.

—Pues, podías haberme pagado ropa de «pijo» —repliqué.

—Tengo todo el tiempo del mundo, Erik. Te conviene hablar y de nada te va a servir hacerte el gracioso.

—Todavía no sé qué es lo que tengo que decirte.

—Yo tengo amigos en la cárcel.

—Eso ya quedó claro.

—Me informaron de que tu vecino de celda murió apuñalado.

—En ese asunto no tuve nada que ver.

—Ya, pero por lo que sé, Randie te contó algo antes de irse al infierno.

Permanecí callado. Paolo también había olido el pastel, un pastel del que yo no sabía nada. ¿Sabría él algo sobre «la fuente del destino»?

—¿Qué, empiezas a recordar?

—Habrá que romperle algunos huesos y entonces, hablará —opinó Wilson.

—Ya ves que no te conviene callar, terminarás hablando lo mismo.

—Yo no sé nada.

—¿Nada? Te hemos seguido, te hemos vigilado y has estado viéndote con la viuda de Randie. ¿Qué le has dicho?

—Que es bonita y...

—¿Y qué más?

—Pues, la verdad, importante, nada más. Deseaba decirle que me gustaría acostarme con ella, pero no he tenido suerte.

¿Qué podía decirle yo a aquel mafioso siciliano metido hasta el cuello en el mundo de la droga y posiblemente de pendiente de otros padrinos mucho más poderosos que él?

Si en alguna ocasión te encuentras en situación parecida a la mía, empieza a despedirte de este mundo, amigo lector. Tendrás suerte si te preparan un pijama de madera, porque muy bien pueden arrojarte al río con una piedra al cuello o con unos zapatos de cemento, inyectarte una sobredosis de droga, dejarte tirado en el asfalto y pasarte luego un camión TIR por encima. ¿Quién iba a poder reconocer unos despojos prensados contra el asfalto? No me molestaría que me incineraran, pero es distinto que te carbonicen para que no te reconozca ni tu madre.

Miré las caras de Paolo y Wilson. ¿Qué cabía esperar de aquel par de asesinos si les contaba lo que me había dicho Randie antes de morir, aquello tan simple de que Gladys me diera «la fuente del destino»?

Me matarían, claro está, y pese a lo mal que lo estaba pasando, yo no quería morir. Me imaginé que si sobrevivía, aún podría acostarme con Gladys. ¿Amaba a Gladys? Te confieso que me dije que sí, pero en aquel momento no me entretuve en pensar lo maravillosa que estaría cuando le quitara la cáscara que era el vestido y la pelase como si fuera un plátano. Luego, me la comería a bocados.

En su pésimo francés, Paolo inquirió:

—¿En qué estás pensando?

Como comprenderás, no iba a decirle lo que estaba pensando.

—Randie murió apuñalado, no sé ni quién era.

—¡Mientes!

Wilson me acarició con los nudillos de su puño izquierdo. La caricia resultó algo dura porque mi cabeza se ladeó y sentí que las encías iban a hinchárseme. Cerré un ojo, gruñí un poco y me pasé la

lengua por el lugar afectado buscando alguna muela que bailara diciéndome «adiós, adiós».

—No seas idiota. Erik. Tú has buscado a la viuda porque Randie te dijo algo interesante. —Pero ¿en qué negocios andaba metido Randie?— inquirí.

Paolo y Wilson volvieron a mirarse entre sí. Presentía que iba a llevarme otra caricia dada por el «cuidadoso» Wilson.

—Si insistes en callar, será peor —me advirtió Paolo—. Terminarás hablando, sólo que luego tendrás que lamentar lo. Hay huesos que duelen mucho al romperse. No seas tonto, Erik, sólo tienes que decir lo que te contó Randie antes de morir, sólo eso.

Pensé en Athos, él debía ser quién había informado a Paolo de lo sucedido. Yo no había visto a Athos en aquellos momentos, pero él tenía muchos informadores, muchos secuaces que esperaban sus órdenes y también la droga, las bebidas y otros beneficios que Athos podía proporcionarles dentro del establecimiento penitenciario.

—No sé nada, y aunque me rompáis todos los huesos no os podré decir nada.

Aún no me habían batido demasiado la sesera como para no darme cuenta de que con aquellas palabras acababa de firmar mi propia defunción, lo malo es que iba a ser una muerte desagradable.

Siempre había pensado que los que se morían plácidamente en la cama o quienes desaparecían en un choque violento de coche, avión, tren o lo que fuera, sin tiempo para darse cuenta de que se iban al infierno, eran tipos con suerte. A mí me iba a corresponder una agonía dolorosa. ¿La resistiría? Después de todo, soy de carne y hueso, un ser humano, un tipo como tú. En aquel momento sonó el llamador musical de la puerta y para mí fue como el gong en un combate de boxeo que terminaba con el *round* en que nos hallábamos. Por cierto, yo me sentía contra las cuerdas y recibiendo una paliza de muerte.

Los tres nos volvimos hacia la puerta.

Lelé y la vietnamita seguían en el suelo gimoteando, sumidas en extrañas pesadillas. Sus mentes debían hallarse sumergidas en el pozo de los estupores psicodélicos y me pregunté si saldrían con vida de ellos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Wilson.

—Que se vayan al infierno —gruñó Paolo en voz baja.

Yo podía gritar y llamar la atención, pero Wilson seguía con el pistolón en la mano y podía ponerse nervioso.

El timbre seguía sonando escandalosamente y quien estuviera fuera daba golpes en la puerta. Era un pesado y yo debía felicitarlo por ello.

—Espera, voy a abrir o derribarán la puerta —gruñó Paolo.

Si los bomberos hubieran llegado con sus hachas para derribar la puerta, no habrían hecho tanto ruido. Aquél es cándalo me pareció reconfortante para mi salud.

Paolo abrió la puerta y se le echaron materialmente encima cuatro tipos altos y fornidos que olían a una mezcla de alcohol y cerveza.

—¡Lelé, Lelé! —gritaron.

Obviamente, aquellos tipos querían terminar su fin de fiesta en compañía de Lelé.

Paolo hizo un gesto a Wilson con la mano. No era momento para organizar allí una carnicería disparando sobre aquellos inoportunos que buscaban placer y diversión en casa de la complaciente Lelé.

Los cuatro individuos se quedaron mirando a la doncella oriental y a Lelé. Después, me miraron a mí. Confiando en que no estuvieran demasiado borrachos, traté de explicarles:

—Esos tipos que han escapado las han drogado y a mí me han atado las manos. Por favor, si alguien me quita las ligaduras, dejará que pase la sangre a mis dedos.

De pie, les di la espalda para mostrarles mis manos. Uno de ellos abrió una navaja de brillante acero y cortante filo. Cuando mis manos quedaron liberadas, tuve la impresión de que en vez de manos tenía dos pelotas al extremo de mis brazos.

—¿Quiénes son esos tipos? —inquirió uno de los recién llegados que me parecieron marineros.

—Dos rufianes del mundo de la droga. Ahora, voy a llamar a un hospital para que las pasen a recoger. Vosotros podéis ir mirando la tele, creo que Lelé tiene algún vídeo porno que os compensará.

Busqué entre los vídeos y metí uno en el aparato. Comenzó la sesión. Los marinos, medio ebrios, se olvidaron de lo ocurrido, el programa fue de su agrado mientras yo llamaba a la policía con urgencia, pidiéndoles que enviaran una ambulancia para salvar a Lelé y a su doncella.

Salí del apartamento disparado, sin dejarme ver para que los marinos no fueran tras de mí.

Aquellos cuatro tipos, amantes de la juerga, verían salir el sol en la comisaría. De lo que yo no estaba muy seguro era de que aquellos lobos de mar en vacaciones fueran capaces de explicar a la policía lo que allí había ocurrido.

CAPÍTULO VII

Aún no tenía las ideas muy claras. Paolo y Wilson me buscaban para hacerme hablar o para matarme. Por otra parte, Gladys y su tío Héctor me iban a dar el crédito que yo les había pedido y todo giraba alrededor de «la fuente del destino».

Necesitaba averiguar de qué se trataba, pero había que esperar a tener el dinero en mis manos. Si lo decía antes, no me darían el crédito.

Empecé a sentirme algo canalla, pero me tranquilicé diciéndome a mí mismo que si en conciencia consideraba que estaba llevando a cabo un chantaje, devolvería el dinero. Después de todo, Gladys y su tío Héctor tenían mucho, a deducir por la forma en que vivían.

No era el momento de sentir remordimientos cuando Paolo y Wilson me estaban buscando, y yo no podía acudir a la policía para contarles lo que me sucedía, teniendo en cuenta que me habían dejado salir de la cárcel a regañadientes.

Pensé que si a Lelé la habían obligado a llamarme por teléfono utilizándola como cebo, podrían hacer lo mismo con Gladys, y resolví advertirla.

Me metí en un bar. Introduje una moneda en el teléfono y marqué el número de Gladys que ya me había aprendido de memoria.

—¿Diga?

Reconocí la voz de inmediato, se había puesto la marmota terrestre que era Antoinette.

—Dígale a la *madame* que soy Erik y que se ponga enseguida.

Escuché un gruñido, luego un golpecito, había dejado el auricular sobre la mesa. Gladys tomó el teléfono sin que la oyera acercarse, por lo que deduje que hablaba por un supletorio y que la marmota Antoinette estaría escuchando.

—Gladys, he de decirte algo importante.

—¿Lo que te contó Philip?

—Todo llegará, hay otra cosa más urgente ahora.

—¿El qué?

—Hay dos tipos de la mafia de la droga que me están buscando.

—¿Andas metido en el mundo de la droga?

—Yo, no, pero ese par de rufianes, sí, y creen que tu marido me dijo algo antes de morir y también quieren saberlo.

—¿El qué? —inquirió Gladys.

—Quieren saber lo mismo que tú, pero ellos van armados con pistola y ya me han disparado y golpeado, estoy vivo por milagro. He podido escapar, pero deben estar buscándome y saben que me encuentro contigo.

—¿Corro algún peligro? —me preguntó.

Recordé a Lelé y a su doncella, no deseaba que Gladys terminara de la misma forma, por ello fui muy sincero.

—Es posible, por eso tenemos que encontrarnos en algún lugar discreto.

—¿Cuál?

—¿Qué te parece Nôtre Dame?

—¿Nôtre Dame? —repitió, algo sorprendida.

—Sí, subiremos adonde están los diablos, allí podremos hablar sin que nos oigan. —Está bien, ¿cuándo?

—Dentro de una hora. Nos encontraremos en la puerta de la escalera.

—Está bien, allá nos veremos —aceptó. Y cortó la comunicación.

Me senté en la barra. Pedí un sándwich de pollo con lechuga y para beber, una cerveza. Me alimenté, pero no dejé de pensar.

Estaba preocupado por lo que podía ocurrirle a Lelé y a su doncella, iba a sentirme culpable si les sucedía algo grave. Deseé que Paolo no se hubiese pasado en la dosis de droga que les había inyectado.

Evitando pasar por el punto «cero» de la plaza frente a Nôtre Dame, pegado a las tiendas de *souvenirs* para turistas donde se podía comprar cualquier cosa que recordara a París, llegué hasta la puerta de entrada de la escalera de caracol que ascendía hacia lo alto de la catedral.

Soplaba un viento frío que parecía llegar por el cauce del río. Era un frío húmedo y cuando me di cuenta, comenzó a lloviznar

ligeramente.

Gladys llegó cubierta con un impermeable rojo brillante. Se pusiera lo que se pusiera, siempre estaba bonita. La vi mirar a un lado y a otro con desconfianza.

Pagué el derecho a poder subir por la escalera y cogiéndola del brazo, la conduje hasta los peldaños. La hice subir delante de mí. Por suerte, no era un día de turistas deseosos de encontrar a Quasimodo entre las campanas de Nôtre Dame.

Ella subió rápida delante de mí, como si temiera que yo le pusiera las manos entre las piernas. Poco a poco, fue aflojando, había muchos peldaños que subir.

Tuvimos que aplastarnos contra el eje de la escalera para dejar pasar a cuatro muchachas que bajaban riendo. Se notaba que descendían y que no estaban subiendo.

Al fin, llegamos arriba. El aire frío azotó nuestros rostros.

Por supuesto, aquél no era el punto más alto de la catedral. Allí estaba el mirador entre los pensativos diablos de piedra permanentemente encarados con la ciudad. Según contaba la historia de Quasimodo, el jorobado, con sólo un pequeño esfuerzo podía uno subirse a la bóveda de la gran nave de la catedral cuyos cimientos reposaban sobre la antigua catedral merovingia que existía desde el año 857.

Allí se sentaban muchos turistas los días despejados para ver París, aunque la ciudad podía contemplarse mucho mejor desde el segundo o tercer piso de la *Tour Eiffel*.

Aquel pasadizo al aire libre entre las dos grandes torres góticas de la catedral debía haber sido en la antigüedad uno de los miradores más importantes de la ciudad. Más que caer, una ligerísima lluvia azotaba nuestros rostros. Allí hubiera sido imposible mantener un paraguas abierto, el viento lo habría destrozado.

—Erik, ¿qué tenías que decirme?

La rodeé con mi brazo oprimiéndola contra mí. Me gustó sentir su cuerpo contra el mío, pero hubiera preferido que ambos estuviéramos desnudos.

—Me están vigilando muy de cerca —le conté.

—¿Quiénes?

—Dos tipos de la mafia de la droga, ya te lo he dicho. Ellos

también quieren saber lo que me contó tu marido antes de morir.

—Eso es peligroso.

—Sí, eso me parece a mí, porque esos tipos están dispuestos a todo. A una amiga mía la han utilizado como cebo para cazarme y luego la han drogado a ella y a su doncella. Yo he escapado de milagro.

—¿Y quién es esa amiga tuya?

—Una mujer de vida digamos alegre, que me ha facilitado un lugar donde cobijarme.

—¿Tu amante?

—No, somos amigos.

—Pero ¿os habéis acostado juntos?

—En alguna ocasión, no voy a negártelo, pero no ha sido nada serio. Lelé no ha sido jamás el amor de mi vida.

—¿Y quién lo ha sido?

Podía haberle respondido que el amor de mi vida podía ser ella. Quedé prendido de sus pupilas esmeraldinas centradas en unos ojos grandes y luminosos. Te juro que no pude evitarlo. Me incliné sobre su rostro y puse mis labios sobre los suyos.

No cometí la torpeza de apretar con fuerza para no sentir, todo lo contrario, deseé notar la suavidad carnosa de aquella boca, la electrizante tibieza del contacto, su ligero movimiento.

Los dientes de Gladys se separaron y las puntas de nuestras lenguas se encontraron, ambos sentimos el contacto de las puntas húmedas.

Gladys demostró no ser ninguna niña. No había torpeza ni pasividad en lo que hacía. Nuestras lenguas retozaron la una con la otra como dos amantes en un acogedor baño de espuma. Me eroticé al máximo y quise que ella lo notara. La rodeé por la cintura olvidándome del frío y del azote de la lluvia y apreté su vientre contra el mío.

Abrí los ojos. Vi los de ella muy abiertos y descubrí algo en sus pupilas asustadas que me hizo soltarla de inmediato. Me revolví como un tigre herido.

En el angosto corredor, entre los diablos colgados sobre la balaustrada de piedra y el ala cubierta del templo, había aparecido el maldito yanqui.

Separar a un niño glotón de su pastel preferido en el que

acababa de clavar los dientes, hubiera sido más fácil que separarme a mí de Gladys.

Wilson empuñaba su pistolón. Me pareció que iba «volado», la droga debía correr por sus venas.

Si hubiera tenido tiempo para ello, habría maldecido el día que le conocí en una carretera italiana mientras ambos hacíamos *auto-stop* con muy poca fortuna. Wilson fue el que me llevó a Sicilia. Allí, me pareció un compañero de destino en la libertad. Luego, él me presentó a Paolo, el tipo de la agencia de viajes que me contrató para que llevara el Mercedes Benz a Hamburgo.

Wilson me contó que él no podía hacerse cargo de aquel transporte porque tenía antecedentes penales en Francia y para aquellos trabajos, exigían conductores sin ningún tipo de problemas.

Sí, hubiera maldecido con toda mi alma nuestro primer encuentro en Italia, pero como te he dicho, no había tiempo ni para respirar. No podía dejarme atrapar para que me golpearan, me patearan o me llenaran de balas impunemente.

Con un puñetazo, desvié su mano armada hacia el aire. Oí claramente el disparo mientras la lluvia arreciaba, una lluvia que casi nos llegaba horizontal por la fuerza del viento racheado, un viento que a la altura en que nos hallábamos, no había nada que lo detuviera.

No era momento para dialogar, Wilson venía dispuesto a cerrarme la boca. Le golpeé la mano contra la figura del diablo pensador y la pistola cayó al suelo del corredor.

Intercambiamos diversos golpes. Ir protegido de ropa me fue bien para no acusar demasiado aquellos puñetazos.

Wilson se retorció como una bestia en plena lucha. En aquellos momentos, Wilson no era un ser humano, era algo peor. Golpeó con los pies contra el borde de la cubierta, yo lo levanté y palabra que no tuve intención de hacer aquello. Fue el resultado de la brutal pelea en la que ambos nos hallábamos enzarzados.

—¡Aaaaaaah!

Wilson voló por encima de la balastrada, por entre los herméticos diablos de piedra allí colocados para que vigilaran la continua arribada de fieles a la catedral de Nôtre Dame.

No quise mirar por encima de la baranda de piedra.

Era fácil imaginar cómo habría quedado Wilson sobre el empedrado.

Descubrí la pistola en el suelo. La recogí y la escondí entre mi pantalón y la camisa. Tomé a Gladys por el brazo y la empujé hacia la puerta.

—Vamos.

—¿Quién era? —quiso saber ella ya en la escalera de caracol, angosta y larguísima.

—Es Wilson, uno de los que me estaba siguiendo. Ya no me molestará más.

Ignoraba cuánto tiempo tardaría en acudir la policía. Si nos detenían, aunque sólo fuera para atestiguar lo sucedido, se iban a complicar las cosas y yo no me sentía culpable de la muerte del yanqui.

El hombre que controlaba la entrada no estaba y pudimos salir a la calle. Nos alejamos mientras un grupo de curiosos se acercaba al cadáver de Wilson; no se fijaron en nosotros o, por lo menos, así me lo pareció a mí.

—¿Dónde tienes tu coche? —pregunté.

—Sígueme.

Nos metimos dentro del deportivo Mercedes Benz y yo me senté frente al volante.

Pisé el acelerador a fondo antes de pasar de la primera a la segunda marcha. Luego, aflojé. Aquella bestia de coche corría demasiado aún en la segunda para circular por París sin llevarse a algún peatón por delante o poner tras de ti a toda la gendarmería.

Los limpiaparabrisas batían el cristal con rapidez, aquel cristal que se perlabo con cientos de gotas de lluvia que nos atacaban furiosamente.

Gladys se relajó en el asiento y estiró sus piernas todo lo que pudo. Un cigarrillo apareció entre sus labios y le prendió fuego. Alargué mi mano y la posé sobre el área de su pubis. Ella hizo un ligero movimiento voluptuoso, no me rechazó.

Un semáforo me obligó a parar y tuve que cambiar la marcha. Ya puedes imaginar que para hacer esta operación tuve que quitar mi mano de donde la tenía.

Gladys no me preguntó adónde la llevaba, tuve que decidir yo por ella.

CAPÍTULO VIII

Lo decidí en pocos instantes. Si me dirigía al apartamento que me había prestado Lelé, podían acosarme llamando a la puerta o por teléfono. A Paolo no iba a gustarle nada lo ocurrido a Wilson el yanqui.

Paolo no era un lobo solitario, pertenecía a una familia de chacales y podía encontrar a otros tipos que le hicieran el favor de acompañarle para darme una paliza o pegarme unos sellos en el trasero y empaquetarme hacia la Morgue con los ojos ya vidriosos por haberme metido unas cuantas balas en el cuerpo.

No, no podía subestimar a Paolo, el mafioso de Sicilia. No era un criminal solitario.

También pensé que si nos dirigíamos al fabuloso apartamento de Gladys (que, por cierto, me complacía mucho) podía suceder lo mismo, ya que la tenían localizada y yo quería pasar un rato tranquilo, por lo que conduje a Gladys fuera de París. Pisé a fondo el acelerador y la preciosa muñeca me preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A Fontainebleau.

El pequeño hotel con jardines no ofrecía su más brillante aspecto bajo la lluvia.

Tomamos una habitación y nos dieron una magnífica con un balcón con tejadillo de madera que miraba a los jardines que se hallaban en la parte posterior del hotel. Desde allí no se veía un solo coche.

—¿Qué hacemos aquí? —me preguntó Gladys.

¿Imaginas lo que yo podía responder a semejante pregunta?

Nos volvimos a mirar a los ojos. Salvé los dos pasos que nos separaban y puse mis manos sobre sus caderas. Ella ya se había quitado el impermeable.

—Aquí podremos hablar tranquilamente.

—¿Vas a decirme lo que te contó Philip?

No me gustó la pregunta, yo deseaba otras cosas de ella en aquellos momentos. Había ido al apartamento de Lelé deseoso de tranquilizarme y no había hecho otra cosa que ponerme más nervioso aún.

—Paolo también quiere saberlo.

—¿Por qué?

—Supongo que sabrá de qué va el negocio.

—¿Y tú no lo sabes?

—Yo sólo sé la clave, no lo que hay detrás de la clave, pero tú vas a decírmelo.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿En qué líos andaba metido Philip?

Ella escapó de entre mis manos con mucha facilidad. Hubiera podido retenerla a la fuerza, pero no era aquél el momento más oportuno. Gladys escapó hacia la cristalera desde la que se divisaba el paisaje de bosque. Yo quedé a su espalda.

—Philip no me contaba nada de sus negocios.

—¿Nada?

Volví a acercarme a ella y la cogí por las caderas, me atraían poderosamente sus caderas. Si Philip Randie estaba ya en el infierno, alguien tenía que gozar de aquel maravilloso cuerpo, era una pena desperdiciarlo.

—Philip —comenzó a explicarme en tono de confidencia, con acento melancólico y cargado de frustraciones— me tenía como una muñeca bonita a la que había que cuidar y mimar para utilizarme como placer cada vez que lo deseara.

—Lo comprendo —asentí sin ningún esfuerzo.

—Philip me mantenía al margen de sus negocios, pero yo sabía que los tenía y que le proporcionaban buenos beneficios. Se metió en problemas al asesinar a su exesposa y fue a parar a prisión, entonces comenzaron mis dificultades, ¿por qué negarlo?

Giró su cuerpo ciento ochenta grados sin que yo soltara su cintura y quedamos encarados, ella de espaldas al ventanal.

—Yo soy su heredera, cierto, pero me ha dejado inmuebles y son costosos de mantener en impuestos y servicios.

—¿Y dinero líquido?

—Poco, el que tenía en mi cuenta corriente. Tendré que vender

algunas cosas, un par de casas y acciones para poder salir adelante. Sé que tenía un negocio del que sacaba mucho dinero, pero no sé de qué se trata. Tengo que averiguarlo, ¿comprendes? Es mi dinero, la solución a mis problemas.

Vi humedecerse sus ojos y me enternecí. Pensé en besarla otra vez, como había hecho en lo alto de Nôtre Dame, pero me contuve. Era el momento de las confesiones, debía contener mis deseos para tratar de averiguar en qué consistía aquel *affaire*.

—¿Nunca te dijo de qué iban sus negocios?

—No, no me lo dijo nunca. Siempre me mantenía al margen, decía que era mejor para mí.

—¿Crees que pueda tratarse de droga?

—No, Philip jamás se hubiera metido en el mundo de las drogas.

—Después de todo, reconoces que no sabías nada de los negocios que le hacían ganar dinero y, al parecer, en abundancia.

—No, no lo sé, pero estoy segura de que no eran drogas. Philip aborrecía las drogas. René, su hermano pequeño, murió de una septicemia por «picarse».

—Comprendo. Lo que no entiendo es por qué Athos, el jefe de la mafia de la cárcel donde estábamos, se hallaba interesado también por lo que pudiera decir Philip. Tampoco sé por qué hubo reyerta entre Bronco, el otro preso que murió y Philip.

—En las cárceles suelen haber —opinó Gladys—. Quizá querían chantajear a Philip, ya sabes que se huelen cuando alguien tiene dinero.

—Y tu tío Héctor, ¿sabe algo?

—No creo y si lo supiera, no me lo iba a decir. El cuida de mis asuntos y ya sabe que estaban muy liados. No tengo liquidez, no poseo dinero en metálico. El se encargará de vender alguna casa para obtener dinero. Si por lo menos supiera dónde tenía Philip dinero escondido.

Una luz se encendió en mi sesera, supongo que en la tuya acabará de encenderse también. Sin embargo, tuve remordimientos. Yo le estaba exigiendo cien mil francos a aquella preciosidad que me confesaba que tenía los bolsillos vacíos, y yo había visto morir a su marido a mis pies, apuñalado en las tripas y bajo los pulmones. ¿Me había convertido ya en un canalla de la peor especie?

Decidí resolver más tarde el asunto de aquel pseudocrédito

porque, no nos engañemos, si caían cien mil francos en mis manos, iba a costarme mucho devolverlos, como a cualquiera que, como yo, tuviese los bolsillos vacíos. Pero, aquel dinero me servía para mantenerme unido a Gladys, lo utilizaba para postergar decirle a la preciosa muñeca lo que yo sabía, que era bien poco pero que podía significar mucho.

La besé, sí, la besé en profundidad. Ella estuvo algo fría al principio, pero fue entregándose porque su femineidad entró en acción, sus zonas erógenas se sensibilizaron al máximo.

Aquella entrega por parte de Gladys me pareció que estaba por encima de su conciencia, de lo que pudiera pensar de mí. En aquel momento, éramos un hombre y una mujer, una mujer joven y bellísima y un hombre también joven y sano como era yo.

Mis manos encontraron con facilidad el modo de desnudarla, no hubo cremallera ni corchete que se me resistiera más de un par de segundos. Era tan bonita como había imaginado.

Arrullé sus pechos que si bien no eran muy grandes, sí eran turgentes y altos, con unos pezones que me parecieron muy apetecibles. Ella los descubrió en mis ojos y me los ofreció, alzándoselos aún más con las manos.

Mis labios, mis dientes, mi lengua, supieron alargar al máximo los pezones y mis manos excitaron sus muslos antes de que mi boca los recorriera midiéndoselos a besos, captando la suavidad y el turbador aroma de su piel.

Gladys era una mujer y no una muñeca. Sí, una muñeca inflable es lo que parecen muchas mujeres, especialmente algunas casadas, que se quedan quietas, esperando que el hombre lo haga todo y casi rezando para que acabe pronto.

Gladys tenía dedos, manos que se movían, boca que buscaba, que besaba y succionaba, dejando un suave rastro de cálida saliva. Tenía un cuerpo que se movía por sí mismo bajo los impulsos de la excitación amorosa, unas rodillas que después de doblarse se estiraban, unos pies que me buscaban, que se liaban con mis piernas, sujetándome para que no escapara.

Cuando entré en ella, cuando nos unimos, ambos sentimos el verdadero calor humano, calor de amor, de comunicación completa del uno en el otro. Luego, no hicieron falta palabras, ni yo me fijé en su rostro ni ella en el mío y ambos los teníamos muy distinto de

nuestra vida normal.

La mezcla de mis gruñidos y rugidos se aunó a sus gemidos y ayes de placer y la suave capa de sudor que cubrió nuestros respectivos cuerpos se juntó, fundiéndose. Después me dije que había sido aún más hermoso de lo que había supuesto.

CAPÍTULO IX

El pistolón que heredé de Wilson el yanqui era un FN GP 35, pesaba lo suyo, novecientos gramos. No quise averiguar de cuántas balas podía disponer, balas que se encontraban alojadas en la culata.

No pensaba utilizarlas, no tenía ningún deseo de disparar contra nadie, pero sí deseaba que el aspecto de aquel pistolón frenase los ímpetus de quienes desearan hacerme daño.

Era fácil deducir que Paolo, el siciliano, estaría furioso y no le sería difícil encontrar a tipos que le acompañasen como había hecho Wilson, para visitarme y darme pruebas del cariño que sentía por mí.

En el periódico de la tarde ya venía la noticia de la muerte de Wilson, y no la calificaban de asesinato ni de suicidio hasta que el juez decidiera.

Se presumía que había sido muerte accidental de un «drogata».

Wilson debía llevar las principales venas de su cuerpo marcadas por el estigma de la droga inyectada y en la autopsia, seguro que aparecería una abundante cantidad de heroína en sangre.

El periódico no decía nada de una posible pareja fugitiva. La cara de Nôtre Dame de París había visto la muerte de un drogadicto, eso era todo. Yo no tenía remordimiento alguno por lo que le había sucedido, aquél había sido el final lógico del camino hacia el abismo que Wilson había escogido.

Lo que me tranquilizó fue no encontrar ninguna nota referente a Lelé y a su doncella vietnamita. Nada les había ocurrido, y aquello era muy importante para mí. De sucederle algo a ellas, sí me hubiera sentido culpable.

Gladys me pidió que me pusiera cómodo mientras ella se cambiaba de ropa, ya puedes imaginarte que eso le iba a llevar algún tiempo. Se me ha olvidado contarte que nos hallábamos en su

apartamento. Lo ocurrido en Fontainebleau era ya un grato recuerdo para ambos, un recuerdo maravilloso que me hacía sentir las piernas ligeras y el deseo de que se repitiera cuanto antes.

Me preparé un *gin-fish* y con el vaso en la mano, puse mi atención en las vitrinas donde se hallaban las cintas de vídeo. Había muchas.

Recordé que las cintas de vídeo eran el *hobby* del asesinado Philip Randie. Algunas habían sido grabadas por él mismo. Leyendo los títulos de las carátulas, podía llegar a saber algo del carácter del muerto.

Allí estaba *Lo que el viento se llevó. Tiempos Modernos*. vi varias películas de Brigitte Bardot. Las había muy modernas y entre ellas destacaba la trilogía de *La guerra de las galaxias*. Pensé que aquella videoteca podía hacer feliz lo mismo a un ama de casa que a un niño.

De pronto, cuando mi mirada se paseaba por los lomos de las cajas de plástico que encerraban las cintas de vídeo grabadas, leí algo que fue como una explosión en mi mente, como la salida del sol en medio de las tinieblas.

La fuente del destino.

Gladys seguía en su habitación o cuarto de baño, no lo sabía. A ella no le hacía falta acicalarse ni perder tiempo delante del tocador para ser más bonita, eso era imposible, pero su sentido visceral de la femineidad le hacía pasar por todo aquel ritual que a ella le parecía imprescindible.

Deslicé el cristal por la corredera. Hábilmente, como ladrón furtivo en un supermercado, me apoderé de aquella cinta. Antes de decirle nada a Gladys, quería saber de qué se trataba.

Palabra que no tenía intención alguna de robar a Gladys, pero quería saber de qué se trataba todo aquel oscuro asunto que para mí había comenzado en la cárcel.

Según la carátula, *La fuente del destino* era una película checoslovaca basada en la vida campesina. Imaginé que sería un rollo aburridísimo sobre el tratamiento de la tierra, el sembrado y la recogida de la cosecha de no sabía qué productos. Imaginé también que allí se me explicarían las *excelencias* de la vida comunitaria y la propiedad de todos, etcétera, etcétera, contra lo que yo no tenía nada que objetar, pero como espectáculo, me parecía poco

divertido.

Sin embargo, Philip Randie me había dicho que pidiera a Gladys *La fuente del destino* y ya la tenía en mis manos, si es que él se había referido a aquella cinta concretamente.

—¡Erik!

Rápidamente, guardé la cinta en el interior de mi chaqueta de napa oscura.

La besé, la estaría besando siempre, jamás me cansaría de hacerlo. ¿Qué tenía Gladys que me había enamorado de ella hasta el tuétano?

Bueno, era fácil de suponer. Era joven, muy hermosa, vital, altamente sensual, etcétera. Para mí no tenía más defecto que la gran distancia económica que había entre su situación social y la mía.

—Me voy —dije.

—¿Ahora?

—Sí, he visto que no había nadie por aquí esperando. Sin embargo, ten cuidado de a quién le abres la puerta y vigila el teléfono. Si oyes la voz de un desconocido, especialmente con acento italiano, cuélgalo, no le hagas caso. Tratará de tenderte una trampa, ese siciliano es muy listo.

—Tendré cuidado.

—Te llamaré.

—Bien, y ya te diré cómo tiene tío Héctor el asunto de tu crédito.

Me pareció que no había reticencia en ella al hablar de crédito. De estar enfadada, Gladys podía decir «chantaje».

Pensé que cuando desentrañara el misterio de *La fuente del destino*, sabría si de verdad yo era un canalla o no.

Cuando me senté al volante de mi coche que, paradójica mente, no era mío y ni siquiera conocía personalmente a su propietaria, me dije:

—Erik, te queda poca pasta y el préstamo que tiene que agilizar tío Héctor puede que no llegue jamás.

En el apartamento donde vivía de prestado no había vídeo y tenía que tragarme el «rollo» checoslovaco sobre la vida rural, campesina y posiblemente el cultivo de la patata o algún otro tubérculo del que yo sólo sabía que servía para comer.

Es evidente que a mí me interesaba tan poco la narración de la vida campesina checoslovaca como a ti, desconocido amigo al que cuento esta historia, claro que si eres masoca, ése será tu problema. No obstante, si alguna vez te regalan un vídeo de esa temática, lo puedes pasar si estás junto a una chica que te gusta y ambos sentados en un sofá frente al televisor. Como es seguro que lo que aparezca en la pantalla va a aburrir a tu chica, ella tratará de divertirse contigo y todo eso que ganarás. En todo vídeo malo, siempre hay algo bueno.

Antes de acercarme al apartamento donde podía esperarme Paolo o un par de kilos de goma 2 dispuesta a estallar en cuanto yo abriera la puerta, opté por acercarme a una cabina telefónica.

Una voz de mujer, un tanto apagada, me respondió:

—¿Diga?

—Lelé.

—¡Granuja!

Me había reconocido. Algo debía tener mi voz para ser identificada tan rápidamente.

—¿Cómo te encuentras?

—Rara, pero Tío todavía está en el hospital.

—¿Grave?

—En observación, la policía quiere hacer muchas preguntas.

—¿Y qué es lo que tú sabes?

—Poca cosa, un par de granujas entraron en mi casa y se divertieron con nosotras.

—¿Me has nombrado a mí?

—No, pero alguien ha dado tu descripción a la policía.

—Malo, malo. ¿De veras te encuentras bien?

—He tenido un mal «viaje». Tus amigos son unos hijos de puta.

—No conozco a sus madres, pero creo que tienes razón. Para tu consuelo te diré que uno de ellos ya está en la Morgue.

—¿Muerto?

—No creo que los cadáveres vayan a la Morgue de visita para ver si hay algún paisano; se quedó allí.

—Mejor, por poco soy yo la que acaba en la Morgue. ¿Sabes una cosa, Erik?

—Sé menos cosas de las que quisiera —le confesó para no ser lacónico y darle un aire más íntimo a nuestra conversación. No

podía olvidar que tenía que pedirle otro favor.

Pobre Lelé, siempre le estaba pidiendo algo...

—Por cierto, Erik, no te he preguntado si te hicieron algo a ti.

—Algunas caricias. Tus amigos los marinos llegaron a tiempo y me solucionaron el problema. Mientras no encuentre al tipo que te pinchó la droga, vigila bien a quién le abres la puerta, no lo hagas a desconocidos. Yo sé que eres una chica que selecciona muy bien sus compañías. Ahora, tengo algo que pedirte...

—No estoy de humor, Erik.

—Quiero ver una película que me ha prestado un amigo y no tengo aparato de vídeo. Sé que tú tienes uno en tu apartamento.

—Sí, con películas divertidas.

—Imagino de qué grabaciones se trata.

—Seguro que aciertas —respondió con una leve risita, lo que me tranquilizó porque era exponente de que se encontraba mejor.

Lelé me abrió una vez más sus brazos.

Cuando llegué a su apartamento, comprobé que había tomado algunas precauciones con la puerta. Tenía dos cadenas de seguridad y un aparato de alarma bien visible por encima del dintel de la puerta. Podían encenderse luces y sonar sirenas escandalosamente.

Los instaladores de alarmas habían trabajado con celeridad. Hasta que no hubo comprobado bien quién era yo, Lelé no abrió la puerta. Creo que sólo faltó que le mostrara mis huellas digitales por una pantalla.

Imaginé que todo aquel sistema de prevención podía hacerle perder algún «cliente», aunque Lelé no era de las que buscaban a sus «clientes» en la calle. Ella seleccionaba muy bien a sus amigos, pues así llamaba a sus «clientes».

Lelé no estaba todo lo abatida que yo esperaba. Por lo visto, mi visita le alegró y al mismo tiempo me congratuló que no cargara contra mi por lo que le había sucedido.

Entró en su cocina. Peló un melocotón y una pera, los hizo trocitos y los repartió en dos tazas, mezclando ambas frutas. Añadió leche fresca y por tres partes de leche, puso una de *whisky* escocés. Vertió azúcar sobre la macedonia y luego, la leche con el *whisky*. Metió una cucharilla en cada taza y me ofreció una a mí y la otra se la quedó ella. Tuve la impresión de que yo también había salido del hospital.

Me sentí mejor después de tomar aquella macedonia.

La cinta correspondía al mismo tipo de magnetoscopio que poseía Lelé. La pantalla del televisor era de veintiséis pulgadas. Dejó una lamparita con pantalla encendida en un rincón y empezamos a visionar *La fuente del destino*. No me preocupé demasiado porque la viera Lelé. Después de todo, ¿qué importaba? Ella tomaría siempre la película como algo de ficción y nada más.

—¡Horror!

La exclamación salió de entre mis labios. Lelé, sentada junto a mí en el sofá, abrió la boca y dio un largo bostezo.

La fuente del destino, como ya te he dicho, era un documental sobre la vida rural. El color era muy malo, la película era oscura y más que color, parecía grabada en tonalidades sepia.

Tampoco supe de qué fecha databa. Podía tratarse de un filme proyectado sobre pantalla y captado luego por una telecámara. Para redondear el rollo, la película estaba en versión original y sin subtítulos, de modo que para entender algo tenía uno que haber sido parido en Checoslovaquia.

—Cariño, ¿de verdad vas a tragarte esto? —preguntó Lelé, admirada.

—Lo siento, un amigo me ha pedido que la viera y que luego le diera mi opinión.

—¿Y vas a esperar a verla toda para darle tu opinión?

—Qué remedio —respondí, encogiéndome de hombros con aire resignado.

—Eres muy honesto, Erik, demasiado. Si no vas a entender nada, porque tú no entiendes lo que dice la voz en *off*, ¿verdad?

—Palabra que si me dicen que es chino me quedo igual que ahora.

Salía un viejo con un mulo que caminaba hacia un horizonte cargado de nubes donde se podía ver un árbol que a mí me pareció muy triste. Avanzó un tractor, renqueante. Me pareció que hacía mucho ruido y descubrí que Lelé estaba roncando junto a mí, debía tener la nariz tapada. La cambié de postura.

Deduje que la película seguía la historia del campesinado checo a través del tiempo. No entendía nada de lo que narraba la voz en *off* y pensé que yo también podía quedarme dormido de un momento a otro. Por los campos aparecieron más máquinas

agrícolas. Allí, ni siquiera había una historia humana.

¿Por qué el fallecido Randie había querido que viera *La fuente del destino*? Minuto tras minuto seguía aquel rollo sobre la agricultura, a mí me daba lo mismo que fuera checa o de otro país.

Empecé a pensar si se trataría de una venganza *post-mortis*. pero me dije que yo no le había hecho nada malo a Randie y vengarse en mí, era una estupidez. Dispuesto a llegar hasta el final de la grabación, comenzaba a dormirme cuando...

Parpadeé incrédulo al ver aparecer un título en francés.

«ARMAS EN VENTA». Luego, en letras más pequeñas: «Armas usadas, pero en perfecto estado de conservación».

Lo primero que apareció en pantalla fue un Kalashnikov, el fusil de asalto ruso tan conocido. Inmediatamente apareció el arma despiezada, con sus cargadores correspondientes. Después apareció un fusil de asalto americano, un M 16. A partir de ahí, fueron sucediéndose subfusiles de distintas marcas, pistolas, granadas, morteros.

Me había despejado totalmente y me congratulé de que Lelé siguiera durmiendo. Aparecieron luego las cajas donde se embalaban las armas, previamente engrasadas. Después, se vio una granja. Una de las cajas estaba en el granero y allí ponía la ubicación de la granja, estaba cerca de Limoges, Francia.

Otras cajas estaban en el sótano de una casa en Marsella, constaba la dirección completa. Había más cajas en un almacén de Lyon y otras, en un garaje de París y así, otras más. Mientras la grabación seguía adelante, lo comprendí todo.

El misterio estaba desvelado.

Philip Randie era un traficante en armas, armas que debía adquirir en zonas de guerra o Dios sabía dónde y ahora, traficaba con ellas. Tenía armas para vender a guerrilleros, a gobiernos de países pobres que no podían afrontar los precios de los grandes vendedores de armas y también para terrorista internacionales. Deduje que a Philip Randie le importaba muy poco quién comprara las armas mientras pagaran con monedas fuertes.

Recuperé la cinta. Ya tenía desvelado el misterio. Philip Randie era un traficante internacional de armas, un tipo sucio que se lucraba con la sangre y los odios viscerales de los demás.

No era ningún secreto que muchas de las pequeñas guerras eran

fomentadas y provocadas por los traficantes de armas que tenían que vender sus productos. Si no había conflictos armados, no podían vender y en consecuencia, enriquecerse. Los más poderosos tenían el asunto resuelto fomentando el equilibrio del terror con la amenaza de las armas nucleares, al tiempo que provocaban roces, ahora unos, luego los otros lo que parecía justificar el rearme permanente y las inversiones económicas, pues las armas eran cada vez más caras y más costaban a los pacíficos ciudadanos que nada querían saber de guerras. Philip Randie era uno de los pequeños canallas que podía haberse llevado al infierno, sobre su conciencia, el peso de la sangre de cientos de muertos.

¿Qué podía hacer yo? El secreto que tenía en mis manos era pura dinamita. Si lo entregaba a la policía, la inteligencia francesa me atraparía para bombardearme a interrogatorios y si me cogían otros servicios secretos, especialmente la CIA y la KGB, lo mismo, pues todos querían saber en qué mercados habían sido compradas aquellas armas y dónde se vendían, y yo no tenía ningún deseo de caer entre las garras de los poderosos servicios de inteligencia.

Pensé que el mafioso Paolo debía saber algo de todo aquel sucio asunto. Si los traficantes de armas sospechaban que yo tenía aquella información, tenía los días contados y quizá me pasaba de optimista, más bien creo que tendría las horas contadas.

Metí la cinta dentro de la caja de plástico. Observé a Lelé y la dejé durmiendo. Antes de abandonar la casa miré el pistolón de Wilson el yanqui, iba a hacerme falta.

Si el mundo de la droga era peligrosísimo, más me lo parecía el del tráfico de armas. En este mundo, por lo que había oído, un descuido, un fallo, un soplo, significaba la muerte para quien había cometido el desliz.

Lo que acababa de descubrir me obligaba a meditar sobre la decisión que debía tomar. La más sensata era lanzar la cinta al fuego de una estufa de carbón-leña y pedir un billete para el Polo Norte. No es que me entusiasmara la compañía de los esquimales con los cuales tampoco me iba a entender, pero, en ocasiones, la distancia es un buen remedio para conservar la salud.

CAPÍTULO X

—¿Gladys?

—Sí, ¿eres tú, Erik?

—¿Cómo está tu tío Héctor?

—Si te refieres al dinero, creo que mañana lo tendrá.

—¿Seguro?

—No es que a él le cueste conseguir cien mil francos, pero ya sabes que tío Héctor quiere hacer bien las cosas. Tengo que firmarle unos documentos. Si sucede algo desagradable, él no quiere perder sus cien mil francos y como ya sabes, yo no tengo dinero para pagarte.

—¿Y no temes que te engañe?

—¿Engañarme tú? —preguntó con una voz dulce que pulsó mis fibras más sensibles—. Sí, ¿por qué no? Soy un desconocido para ti, casi como lo era tu marido. He salido de la cárcel, le hacía compañía a él. He estado a punto de ser procesado por traficante de drogas y he escapado por la intervención de un abogado mafioso que se ha sacado un testigo de la manga como si fuera el conejo de un prestidigitador.

—Erik —hizo que su voz sonara más cálida, una voz que me agradó mucho, una voz que me hizo recordar Fontainebleau—. Yo no te creo capaz de engañarme.

—Pero, te estoy pidiendo dinero.

—Porque te hace falta. Tú no tienes nada para comenzar, para no meterte en más problemas que puedan llevarte a la cárcel.

—Eso es cierto. Hasta ahora he estado viviendo de los francos que tu difunto marido me dejó en herencia.

—¿Que te dejó dinero en herencia?

—Se me había olvidado contártelo, ya te hablaré de ello. Por cierto, ya estoy en condiciones de decirte lo que me contó tu marido.

—¿Ah, sí? —Su voz se animó—. ¿Por qué no me lo dices ahora?

—Por teléfono, no, es demasiado grave, *mon amour*, demasiado grave.

—¿No puedes adelantarme nada?

—Lo siento, no.

—Comprendo. Primero quieres tener en tus manos los cien mil francos.

—Gladys, no se trata de un chantaje, digamos que es el precio del «mensajero».

—¿El precio del mensajero? No entiendo.

—Sí, soy el mensajero de la última voluntad de Philip Randie y eso vale dinero. Lo que pido tampoco es demasiado, porque los riesgos que estoy corriendo son muchos.

—Has de decirme algo, me tienes muy intrigada.

—Dile a tío Héctor que se dé prisa, porque cuando cobre los cien mil iré a visitar a unos pingüinos que conocí en mi último viaje a la Antártida.

—Siempre estás bromeando.

—No bromeo, y se me ocurre que quizá sea mejor no decirte nada.

—¿Nada?

Fue una exclamación de desagradable sorpresa por parte de Gladys.

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Porque tampoco a ti te conviene saber demasiado. Los negocios en que andaba metido tu Philip son pura dinamita.

—De todos modos, quiero saberlo.

—Habla con tu tío Héctor. Dile que tengo prisa, que voy a tomar el avión y quizá sea cierto. Volveré a llamarte.

—Pero, Erik, no me dejes así —casi suplicó.

—Te quiero, *mon amour* —y colgué.

Abandoné la cabina telefónica porque sabía que, de seguir hablando, terminaría por soltar la lengua en exceso y no lo creía conveniente.

Ya me estaba cuestionando si era bueno que Gladys se enterara de todo lo que yo sabía. ¿Quién más andaba metido en todo aquel mogollón del tráfico de armas? Mover armas en una cantidad

relativamente importante precisaba de varios hombres, había que transportarlas.

Opté por dejar que una parte de aquel mogollón lo solucionara el destino, es decir, el azar, lo cual quería decir que me lo estaba jugando todo a una carta y cuando digo «todo», es que había puesto hasta mi sangre sobre la mesa de juego.

Podía morir apuñalado como Randie, podían llenarme de balas, enviarme al Sena o pasarme un camión por encima. El tráfico ilegal de armas era ya un asunto que se pasaba de serio.

El propio mafioso siciliano se había pasado del negocio de la droga al de armas, quizá porque debía parecerle más rentable, o porque había tenido una filtración.

Los depósitos de armas que yo había visto en el vídeo *La fuente del destino*, eran un botín para quien llegase primero para quedarse con ellas.

Por supuesto que si llegaba yo el primero, te confieso que no haría nada, absolutamente nada por vender ni una sola de esas armas para que gentes desconocidas se mataran entre sí.

Repito, el primero que llegara se lo quedaría todo y buscaría compradores de inmediato, lo cual tampoco era tarea fácil. El mundo del tráfico ilegal de armas se lleva muy en silencio y a nivel de tiburones de gran tamaño que visten trajes de seda.

Los que sudan y se arriesgan en el transporte de esas armas, éstos, éstos sólo perciben pagos miserables con los que apenas cubren las letras del coche, o se lo juegan en algún bingo o *pub* en compañía de una furcia de baja estofa.

Si algún día alguien te dice que vas a ganar unos francos llevando un paquete y no te explica lo que contiene, piénsatelo dos veces, puedes acabar en la cárcel como me ocurrió a mí, o en el infierno. O quizá no y te ganes los francos, pero si eso sucede y tienes conciencia, te considerarás un miserable para el resto de tus días.

«Gladys, Gladys —repetí—. Qué maravilla sería estar contigo en una soleada playa española o en las Hawai...».

Claro que, tampoco me importaría quedarme a solas con ella, sitiados por la nieve en un refugio de alta montaña, con mucha leña para la chimenea.

Había conocido a muchas mujeres. No es que ahora me haga el

fanfarrón, no se trata de eso, pero he conocido mujeres hechas y muy hechas, mayores que yo, muy sabias y habilidosas en la cama, y también he conocido a muchachitas núbiles; pero Gladys, desde mi punto de vista, era diferente a todas. Estaba empezando a temer que por Gladys sería capaz de hacer cualquier cosa.

Barrí aquel pensamiento de mi mente, jamás había llegado a pensar que una mujer pudiera hacer de mí lo que quisiera.

En una especie de alucinación en vigilia, la vi vestida de domadora, en *top-less*, claro, pero con un látigo en la mano y yo frente a ella. ¡Qué estupidez! ¿Me estaba volviendo débil? ¿Me estaba comportando como un adolescente enamorado, de esa clase de adolescentes que, cuando tienen el flechazo, para ellos toda su vida la constituye un rostro de mujer?

Hundí a fondo el acelerador y vigilé que ningún coche me siguiera.

Sentí el pistolón pegado a mi cuerpo. No deseaba tener que usarlo, pero no estaba ya muy seguro de que tuviera que apretar el gatillo y había dejado al destino que la pistola funcionara o no, porque ignoraba de cuántos cartuchos disponía en la petaca metida en la culata y tampoco sabía cuántas de las balas que quedaban en la petaca estaban ya consumidas. Quizá apretase el gatillo y sólo escuchara el fatídico «clic» de que la pistola ya no actuaba como arma de fuego.

CAPÍTULO XI

Mis ojos se habían acostumbrado a la escasa luz que había entre las mesas del club. Los cañones de luces de colores, sincronizados con algún artilugio electrónico con memoria, iban directos a la pequeña pista donde dos muchachas completamente desnudas aseguraban amarse la una a la otra.

Es posible que en sus evoluciones, besos y juramentos eternos hubiera algún arte, pero el público en general no estaba demasiado pendiente de ellas.

La vi nada más cruzar las espesas cortinas que impedían que la luz y el sonido de la sala escaparan hacia el exterior, o quizá estaban allí para impedir que la claridad del exterior se filtrara dentro.

Me levanté y fui hacia ella. No debía de ver nada. Un camarero y dos cazadores de mujeres se le acercaron con mucha rapidez.

—Tranquilos —dije, muy seguro de mí. Mi seguridad se reflejó en mi voz. El camarero se hizo a un lado y uno de los tipos, también, pero el otro alzó la mandíbula y queriendo ser simpático, gruñó:

—Yo la he visto antes.

Levanté mi mano, le pincé la nariz con los dedos, se la retorcí y dije:

—Llevo una «pipa» de grueso calibre en el bolsillo. Si sientes el ombligo embozado, dímelo, que le haré un ojal para que puedas meter el dedo.

Lo empujé hacia atrás y no volvió a molestarme.

Gladys me cogió del brazo, en aquel ambiente se sentía insegura.

La llevé hasta una butaca para parejas que se hallaba en un rincón con una mesita delante. Nos sentamos. Le puse la mano entre las piernas y ella juntó los muslos con fuerza, aprisionándola para que yo no retrocediera en mi gesto.

—Erik, ¿qué sabes?

—¿Qué van a tomar? —preguntó el camarero, acercándose.

—Tráenos champaña pero no te pases, uno que yo pueda pagar.

—Tenemos de diferentes precios —dijo el camarero. En principio, servir champaña le pareció bien, pero tampoco quería problemas si yo no podía pagar luego.

—Un Dom Perignon —pidió Gladys con seguridad. Imaginé que ella sólo bebía champaña de primeras marcas.

—De acuerdo, *mademoiselle* —asintió el camarero. Me lanzó una mirada de reojo, como dándome a entender que si luego no podía pagar, iba a pasarlo mal.

—No te preocupes, Erik, yo llevo dinero. Podremos pagar la botella —me cuchicheó al oído, mimosa.

—Mejor —acepté—. La verdad, Gladys, yo quería celebrar el haberte conocido y hasta ahora, juntos sólo hemos tomado cosas vulgares. Había que brindar con champaña, tú y yo vamos a ser muy felices.

Ella se incorporó algo hacia mí y me besó.

El camarero cortó las caricias con su presencia. Descorchó la botella y sirvió las copas, dejando luego la botella dentro del cubo de acero inoxidable repleto de hielo.

Tomamos las copas, nos miramos y las entrechocamos.

—Chin, chin. Que podamos amarnos lo que duren nuestras vidas.

—Y más allá —añadió ella.

Bebimos. El burbujeante champaña era la mejor bebida para conservar en nuestras bocas el sabor a besos.

—Erik, ¿qué es eso tan grave que no podías decirme por teléfono?

Instintivamente, busqué con la mirada por toda la sala. Buscaba a Paolo, el mafioso siciliano, o a algún tipo que pudiera estar vigilando porque trabajara a las órdenes de éste.

—Corremos peligro —dije.

—Eso ya lo pude comprobar en Nôtre Dame.

—Al fin he averiguado de dónde sacaba el dinero tu Philip.

—¿De dónde? —inquirió, vivamente interesada.

Para Gladys, el dinero contante y sonante significaba mucho. Bueno, para mí también y supongo que para ti, amigo. A todos nos

hace falta el dinero, yo no tengo mentalidad de *clochard* y tampoco de usurero. El dinero es para gastarlo y gastándolo, das trabajo a otros.

—Philip Randie, tu marido, no era ningún angelito.

—Eso ya lo sabía.

—Parece ser que matar a su exmujer fue la menos mala de sus actividades.

—Pero ¿qué es lo que hacía? —apremió.

Bajé mi voz al máximo y le hablé pegando mis labios a sus orejas como si se la estuviera besando mientras ambos sosteníamos las copas con la dorada y burbujeante bebida.

—Tráfico de armas.

Noté que todo su cuerpo se tensaba. Había poca luz para ver si su rostro se demudaba, pero su voz cambió.

—No es posible, Dios mío, no es posible.

—Sí es posible. Traficaba en armas, armas usadas para todos los gustos, conseguidas en los campos de batalla, en los lugares de *massacre*. Quienes las recogen las han vendido a Randie que, a su vez, las revendía al mejor postor. Un negocio muy peligroso, pero debía proporcionarle pingües beneficios.

Se me abrazó casi hipando. Dejé la copa sobre la mesa y le acaricié los cabellos. Luego, metí la mano entre sus ropas, hice saltar un botón y le acaricié los senos que ya conocía hasta con los labios. Me pareció que mis caricias conseguían tranquilizarla. — Bueno, el negocio se terminó— dije.

—Pero, Erik, ¿cómo has sabido todo esto?

—Porque al fin pude descifrar la clave.

—¿Qué clave? —me preguntó.

—*La fuente del destino*.

—¿*La fuente del destino*? Sigo sin entender.

—Tampoco yo lo entendía al principio. ¿Sabes algo de la vida campesina checoslovaca? Abrió mucho sus preciosos ojos verdes para mirarme como si me hubiera vuelto loco, claro que volverse loco por Gladys era muy fácil. Qué ojos tenía. Aun en la oscuridad, brillaban como esmeraldas. Me hubiera gustado besarlas, zambullirme en ellas para siempre.

—¿Te burlas de mí, Erik?

—¿Burlarme de ti? Eso, jamás —le confesé con mucha

sinceridad.

—Entonces, ¿por qué me cuentas eso de la vida campesina checoslovaca?

—Philip era un tipo terriblemente listo y astuto. Sabía que nadie iba a buscar los alijos de armas en un vídeo que resultaba sumamente aburrido.

—Yo no entiendo nada.

—Creo que es mejor que no te lo cuente.

—Tienes que contármelo. Lo que era de Philip, ahora, por herencia, me pertenece.

—Philip ya te dejó las casas en herencia y debió dejarte joyas.

—No creas, no demasiadas.

—Casas, joyas, vestidos y toda clase de confort dentro de tu casa. Tampoco creo que te falten unos francos.

—Para mantenerle todo me hace falta mucho más dinero. Tío Héctor me está vendiendo propiedades para que yo tenga ese dinero, parte del cual he de darte a ti. ¿Es que no lo entiendes?

—Si Philip compró todas las propiedades con el dinero que ganaba con el tráfico de armas, todo está sucio de sangre.

—El dinero siempre está sucio de sangre, Erik, no seas niño.

—Lo he decidido, Gladys.

—¿El qué?

—Ya no quiero ese préstamo.

—¿No, por qué? Tío Héctor está a punto de conseguir los cien mil francos. Tú no sabes lo que cuesta conseguir una cantidad tan grande. Ya sé que no es ninguna fortuna, pero tío Héctor ha conseguido ese dinero como anticipo de una venta y ahora, dices que no lo quieres. ¿A qué juegas, Erik?

—Si acepto ese dinero sabiendo de dónde ha salido, seré tan canalla como Randie. —Eso no es justo, Erik. Imagínate que un asesino con el dinero de su crimen se compra un coche y el fabricante de ese coche paga a sus obreros de la fábrica con ese dinero. ¿Crees que esos obreros son unos canallas por aceptar el dinero que han ganado trabajando?

—¿Quieres darme a entender que la sangre se diluye a medida que los billetes van de mano en mano?

—Naturalmente. De lo contrario, nadie se salvaría de ser un canalla.

—Me estoy haciendo un lío, Gladys. Yo no quiero ser un canalla como lo fue Philip Randie.

—El ha dejado unos alijos de armas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y dónde están?

—Si te lo digo, ¿qué harás con ellos? ¿Venderlos?

—Eran de Philip. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—No me lo digas a mí, vayamos a ver a tío Héctor.

—¿Tu tío?

—Sí, él tiene amigos importantes, amigos en el gobierno. Si se lo cuentas a él, tío Héctor podrá decidir qué se hace con esas armas. El puede hacer que se las quede el gobierno sin levantar polvareda, porque peor sería que continúen donde están. Cualquier desconocido podría encontrarlas y no sabemos lo que haría con ellas.

—Confías mucho en tío Héctor, ¿verdad?

—Totalmente, él lleva todos mis asuntos. Te repito que él puede hacer que la policía recoja las armas sin que te hagan preguntas, porque debes darte cuenta de que si vas a la policía diciendo que existen todos esos alijos, tú serás el primer sospechoso, y aunque los entregues, pensarán que eres miembro de una red internacional de tráfico ilegal de armas y hasta puede que los canallas que están metidos en ese negocio te busquen para matarte. Yo no quisiera que te ocurriera nada malo. Erik. Te amo, te amo...

Me besó y sus labios temblaban. La estreché contra mí y maldije no estar en Fontainebleau.

CAPÍTULO XII

Gladys había hecho una llamada previa a la mansión de tío Héctor. Me dijo que no había hablado con él, pero sí con su secretario.

A bordo de su Mercedes-Benz deportivo, nos dirigimos a aquel palacio parisino, un palacio que debía tener tres siglos cuando menos. Estaba bien remozado y puesto al día, pero se había conservado el estilo de decoración adecuado.

Estacionamos el vehículo en el patio interior tras recorrer el túnel.

Llamamos a la puerta y tras la rejilla aparecieron los ojos inquisitivos del vigilante, o lo que fuera, aquel tipo de dos metros de estatura y más de cien kilos de peso, elegantemente vestido y con puños como mazas.

—Buenas noches, *madame*. *Monsieur* la aguarda en su despacho.

—Gracias.

Sin que tuviera que acompañarnos, anduvimos por corredores y subimos escalinatas alfombradas. Vivir en un lugar tan grande debía resultar algo incómodo.

El secretario (no entiendo qué hacía allí a semejantes horas) abrió la puerta para que pasáramos al despacho de aquel hombre llamado Héctor y del que yo no sabía nada más.

El despacho era espacioso, elegante, aunque yo no hubiera escrito allí ni una carta a mi madre, me habría sentido incómodo.

—¡Gladys, querida!

La besó en ambas mejillas, «mua, mua».

Aquel personaje fijó sus ojos claros en mí y dijo:

—He hecho todo lo que he podido para reunir los cien mil francos. No iba a disponer de ellos hasta mañana por la mañana, pero como por lo visto hay mucha urgencia, los he sacado de mi

propia caja fuerte.

—¿Y tiene mucho más dinero en su caja fuerte?

—Su pregunta me parece algo indiscreta, joven.

Gladys presentía que tío Héctor y yo no nos íbamos a llevar muy bien, entre otras cosas porque habíamos nacido en distintos tipos de cuna.

—Erik ha averiguado lo que hacía Philip.

—¿Ah, sí?

—Sí, y hemos decidido pedirte consejo. Tú tienes muchas influencias entre la gente importante del gobierno y sabrás qué es lo mejor.

—Sí, claro. Os ayudaré en todo lo que pueda. Sentaos junto a la chimenea, charlaremos.

Gladys y yo nos sentamos.

El se acercó a su mesa y de un cajón sacó un sobre que me tendió. Yo ya sabía lo que había dentro.

—Bueno, la verdad es que había decidido no aceptarlos...

—¿Acaso piensa pedirle más dinero a Gladys? —me preguntó un tanto severo, lo que me molestó, e hizo que retuviera el sobre con el dinero entre mis dedos.

—Tío Héctor, ya te firmaré mañana los documentos.

—Cuando quieras, Gladys. Ya sabes que te ayudaré en cuanto necesites. Ahora, si podéis explicarme cuál es el problema.

—Es algo muy grave —dije yo—. Espero que tenga el máximo de precaución. —Eso no tiene que pedírmelo, joven. Confían en mí hasta los ministros de nuestro gobierno.

Gladys sacó de su bolso una pitillera de oro y me ofreció un cigarrillo que yo tomé. El propietario de aquel palacio también aceptó y no sacó sus propios cigarrillos que llevaban sus iniciales.

—Tío Héctor. Philip traficaba ilegalmente en armas.

Aquel tipo tenía cara de póquer y empezó a no gustarme.

—Eso que dices es grave, Gladys. ¿Es seguro?

—Lo ha descubierto Erik.

—¿Ah, sí, cómo?

—Philip Randie murió apuñalado —dije—. Antes de morir desangrado a mis pies, me pidió que buscara a Gladys y le pidiera *La fuente del destino*.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Héctor.

—Yo tampoco sabía lo que significaba hasta que por casualidad di con *La fuente del destino*.

—¿Y dónde está esa fuente?

—Aquí.

Saqué del bolsillo la cinta de video encerrada en la caja de plástico con la carátula en la que podía leerse lo que ya te he contado sobre la vida campesina checoslovaca.

—Este vídeo estaba en tu casa, Gladys. Lo cogí sin tu permiso mientras estabas en el baño; luego, lo pasé por un televisor apropiado. Para camuflar la verdad, la grabación comienza con una filmación capaz de aburrir al más optimista y sereno, pero luego, luego aparecen las armas con detalles, las cajas que las contienen y en qué lugar se encuentran. Esta cinta de vídeo es la clave para localizar los alijos de armas.

—Entonces, démela, joven —pidió tío Héctor.

—Lo siento. Sólo entregaré esta cinta al ministro del Interior en persona. Usted deberá prepararnos ese encuentro.

—¿Al ministro del Interior? Pero ¿qué bobadas dice, joven? El ministro está ocupado en cosas más importantes.

—Erik, no seas desconfiado. Dásela a tío Héctor y él la hará llegar al lugar que corresponda sin que tú puedas salir perjudicado.

—De todos modos, he decidido entregársela al ministro en persona.

—Joven, ya tiene sus cien mil francos. Ahora, deme la cinta y ya no debe preocuparse de nada más.

—¿Se da cuenta de que me está dando órdenes?

—Sí, eso estoy haciendo, dándole órdenes, las órdenes que más le convienen.

—Pues a mí no me gustan que me dé órdenes ni mi padre.

Me levanté de mi butaca. Con la cinta en la mano, me dirigí hacia la puerta. Gladys, a mi espalda, me llamó:

—¡Erik!

Abrí la puerta. De cara me encontré con el personaje que ya conocía y detrás de él, había otros dos más, el secretario y el vigilante de la puerta.

—¡Paolo!

Paolo iba armado. Me apuntaba con una pistola provista de silenciador, una pistola que yo ya conocía.

—Ahora va a tener que darme la cinta, joven —silabeó Héctor.

—En estas circunstancias, creo que no tengo otra elección —dije. Me volví y lancé la cinta por el aire, pero no hacia las manos del propietario del palacio, sino al interior de la chimenea, donde ardían los leños.

Todos palidieron menos yo.

Héctor gritó:

—¡Rápido, salvadla!

Todos corrieron hacia la chimenea mientras la caja se inflamaba. Fueron unos segundos preciosos que me sirvieron para empuñar el pistolón de Wilson el yanqui.

—¡Quietos todos! —ordené.

Paolo, furioso, se revolió hacia mí con su arma provista de silenciador. Yo apreté el gatillo, era mi jugada. El pistolón tronó como un cañonazo y Paolo recibió el impacto en la ingle.

Perdió el arma y cayó al suelo mientras la cinta de vídeo se consumía en medio de grandes llamas.

—¿Alguien más quiere recibir un balazo? —Gruñí con mucha seguridad. Yo mismo me sorprendí de mi actuación.

—Esto te va a costar muy caro —advirtió Héctor.

—Déjese de amenazas. Supe que era usted el tío del tráfico de armas cuando vi sus iniciales en las cajas. Es usted demasiado vanidoso y pone sus iniciales encerradas en un círculo lo mismo en las cajas de las armas que en sus cigarrillos, lo pude ver claramente en el vídeo que visioné. Empecé a atar cabos y me dejé querer para llegar hasta el final.

Seguí haciéndome el ingenuo, pero avisé a la policía.

—¿A la policía? —preguntó Gladys, sorprendida.

—Sí, a la policía, que de un momento a otro llegará aquí para meteros a todos en chirona. No soy tan tonto como os habéis creído. Cuando Paolo disparó sobre mí, sólo pretendió asustarme. Me empujabais hacia Gladys, y Gladys, hacia usted, tío Héctor, que será tío de su madre, porque de Gladys no lo es.

—Es tío de Philip —aclaró la mujer.

—Bien, bien. Paolo y Wilson quisieron tirarme de la lengua a la brava, pero no les salió bien y había que seguir con el plan de la viudita amorosa.

—Erik, te juro que te amo.

—Sí, claro, me amas, pero eres miembro del grupo y te has estado haciendo la inocente todo el tiempo para que yo le dijera al padrino, al hombre que ordenó que me sacaran de la cárcel, lo que Randie había dicho antes de morir. Yo creí que habían intervenido los mafiosos de la droga para liberarme, pero luego comprendí que habían sido otra clase de mafiosos. Por cierto, Philip Randie mató a Bronco, o Bronco a Philip, murieron los dos, pero ¿quién atacó a quién? —pregunté.

—Bronco tenía que pedirle que hablara —explicó el propio Héctor—, pero Philip se negó y apuñaló a Bronco. Hubo reyerta y ambos murieron. En realidad, las armas me las robó a mí, yo las pagué y son mías. Philip me robó tratando de independizarse. No tenía suficiente con lo que le daba y quiso vender las armas por su cuenta. Eso, en esta clase de negocios, se paga con la vida.

—¿Y es cierto que mató a su exmujer? —pregunté.

Gladys explicó entonces:

—No, no la mató él, pero yo no estoy implicada en nada.

—La mató Paolo —explicó Héctor, el padrino de la organización—. De este modo, acusando a Philip, la policía lo encontró y lo metió en la cárcel.

—Donde quedaba al alcance de sus tentáculos; pero Philip Randie no quiso hablar y murió sin contarles dónde estaban los alijos de armas que les había quitado.

—Erik, te juro que nada me importa más que tú —me aseguró Gladys con vehemencia.

—¿Ah, no? ¿Y qué harías para demostrármelo?

—Irme contigo adonde quieras.

—Entonces, vámonos, tenemos unos pocos minutos antes de que llegue la policía.

—Vámonos y el que venga tras de mí, lo frío a balazos —advertí, levantando el pistolón.

Gladys corrió hacia mí.

Se cogió de mi mano y yo la arrastré fuera del despacho.

Corrimos hacia la escalera, oí como un descorchar de botellas y Gladys cayó sobre mí, empujada con violencia.

Me volví y disparé hacia lo alto de la escalera. Tío Héctor, alcanzado de lleno, cayó por encima de la baranda.

—Huye, Erik, huye, te matarán —dijo Gladys, que tenía dos

agujeros en la espalda por donde se le escapaba la vida a chorros.

La besé en los labios. Hubiera querido llevármela conmigo, pero de nada habría servido cargar con un cadáver. En mi boca había quedado su último hálito de vida.

Abandoné la casa corriendo, haciendo dos disparos más.

Conseguí llegar al coche. El Mercedes funcionó a la perfección y me sumergí en la noche de París, pero algo frío, muy frío, estrujaba mi corazón.

Me acerqué a uno de los puentes del Sena.

Detuve el coche, abrí la portezuela y arrojé la pistola al río. Me dije que al día siguiente, yo mismo en persona me presentaría en la conserjería y entregaría el video porque, como habrás supuesto, había dado el cambiazio a la cinta por si me la quitaban.

Sí, entregaría la cinta y los cien mil francos y que la justicia hiciera lo que tuviese que hacer. Si me bombardeaban a interrogatorios, los aguantaría, ahora ya estaba seguro de que yo no era un canalla.

Pensé en Gladys y volví a sentir frialdad en mi corazón. La amaba. Miré su coche y le dije adiós; después de todo, tampoco era mío.

Metí las manos en los bolsillos y me fui caminando por París *la nuit*.

Seguro que Lelé me haría un hueco en su cama para que pudiera descansar hasta el día siguiente.

Amigo, sí, te lo digo a ti a quien he estado contando esta historia... Si alguien te dice «coge esto y llévalo al otro lado de la frontera», piénsatelo dos veces. Morir es malo, pero que una mujercita como Gladys, de la que te has enamorado, muera en tus brazos, es peor.

¡Ciao! Tu amigo,

ERIK.

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

